

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA
Y LAS OBRAS DE LA CRUZ**

LIMA – PERÚ

**CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA
Y LAS OBRAS DE LA CRUZ**

**Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente social. Sus padres.
Primera confesión y comunión.
Vida saludable. Estudios.
Muerte de Manuel.
Muerte de su tío. Noviazgo.
Su matrimonio. Anhelos de virginidad.
Sus hermanos. Sus hijos.
Oración. El demonio.
El monograma de Cristo.
Muerte de su esposo.
Las Obras de la Cruz. El padre Mir.
Examinadores de su espíritu.
Religiosas de la Cruz.
Misioneros del Espíritu Santo.
Los santos. Sus escritos.
Carismas sobrenaturales. a) Conocimiento Sobrenatural. b) Visiones. c) Éxtasis. d) Levitación. e) Hierognosis. f) Transverberación. g) Profecía.
Encarnación mística. Su muerte.
Milagros después de su muerte.
Reflexiones.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de Concepción Cabrera de Armida es una vida admirable, llena de carismas y de dones extraordinarios de Dios. Fundó la Congregación de las religiosas de la Cruz, fue le inspiradora de los misioneros del Espíritu Santo y de otras Obras de la Cruz para sacerdotes, obispos o simples laicos.

Ella no fue religiosa, fue una mujer casada, que tuvo nueve hijos y vivió siempre en su casa con su familia y entre familiares, pero Dios la escogió para elevarla a las más altas cumbres del espíritu. No sólo le concedió la gracia del matrimonio espiritual o unión transformante, sino también la de la encarnación mística.

Por medio de ella Dios bendijo abundantemente a sus hijos y familiares, pero también a todos los que la rodeaban y, especialmente, a los misioneros del Espíritu Santo y a las religiosas de la Cruz.

Su amor a Jesús, a quien consideraba su esposo crucificado, le hizo soportar muchos sufrimientos, que ella ofreció por la salvación de las almas.

Su vida se desarrolló en un ambiente social de persecución permanente contra la Iglesia y ella tuvo que acoger a muchas religiosas y sacerdotes perseguidos. Pero Dios la protegió a ella y a su familia; y su vida resplandeció por donde iba, llegando a decir sus hijos que *madre como ella, no había ninguna*. Fue una esposa santa, una madre santa; en una palabra, una mujer santa. Que ella nos estimule en el camino de la santidad y aspiremos a ser santos en medio de las dificultades de la vida diaria.

Nota.- Al citar *Sum Ap* nos referimos al *Summarium* o Sumario apostólico del Proceso *beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Conceptione Cabrera vid. Armida. Positio super virtutibus*, vol I, Roma.

CC hace referencia a los escritos de Concepción Cabrera de Armida, llamados Cuenta de Conciencia.

Padilla nos lleva a los dos volúmenes del padre J. M. Padilla, *Concepción Cabrera de Armida*, México, 1982.

AMBIENTE SOCIAL

Concepción Cabrera de Armida (1862-1937) vivió los momentos más dramáticos de los católicos mexicanos. En 1810 con el llamado *Grito de Dolores* comienza el proceso de la independencia del país, que culmina en 1821. Los liberales y masones anticatólicos se adueñan del gobierno. En 1848 con el *Tratado de Guadalupe* los Estados Unidos, después de una guerra desigual, se adueñan del 50% del territorio mexicano.

De 1855 a 1872, en el gobierno de Benito Juárez, se dan leyes anticatólicas de modo que el Papa Pío IX tuvo que enviar un comunicado al presidente de México para levantar su voz contra los atropellos a los derechos de los sacerdotes, religiosos y laicos católicos.

De 1872-1877, bajo el gobierno de Lerdo de Tejada, se acentuó la persecución religiosa y los sacerdotes extranjeros y, especialmente los jesuitas, fueron expulsados; y se limitaron todas las actuaciones religiosas, sobre todo fuera de los templos.

De 1877 a 1910 gobernó Porfirio Díaz, que buscó la paz entre el gobierno y la Iglesia. Durante estos años no se aplicaron muchas de las leyes antirreligiosas y fue el tiempo llamado *paz porfiriana*.

En 1910 tuvo lugar la llamada revolución mexicana, los sacerdotes fueron de nuevo expulsados, encarcelados, el culto prohibido, las escuelas religiosas cerradas y los bienes confiscados.

Entre los años 1914 a 1934 fue el periodo de persecución más furibundo. En 1926 se dieron leyes absurdas contra los sacerdotes, suprimiendo el celibato, reduciendo el número de sacerdotes a uno por cada 100.000 fieles. Este año se levantaron en armas los llamados cristeros, que al grito de Viva Cristo Rey, pusieron en jaque al gobierno. En 1928 se endurecieron las leyes, los obispos fueron desterrados, clausurados los seminarios y escuelas católicas, los sacerdotes desterrados o encarcelados, ejerciendo el ministerio a escondidas y martirizados muchos de ellos y muchos laicos.

Durante estos años de persecución religiosa, Concepción hospedó en su casa o les consiguió hospedaje en hogares profundamente cristianos a muchos sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas. Solamente en 1993 el gobierno concedió a la Iglesia un reconocimiento legal como asociación religiosa y restableció relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

La epopeya de los *cristeros* y la de tantos católicos mexicanos anónimos, que dieron su vida por defender su fe, ha sido reconocida por la Iglesia y ha beatificado a varios de ellos.

SUS PADRES

Los padres de Conchita se llamaban Octaviano Cabrera Lacavex y Clara Arias Rivera. La familia Cabrera Arias era una de las familias principales de San Luis Potosí. El patrimonio de la madre era muy grande. Tenía haciendas que ocupaban gran parte de los Estados de San Luis Potosí y Guanajuato. En San Luis Potosí tenía las haciendas de Ojo Caliente, la Labor, Lourdes, Peregrina de Arriba, Peregrina de Abajo; y en Guanajuato las de Jofre, el Bozo y Las Mesas.

Ella dice: *Mis padres fueron excelentes cristianos. En las haciendas siempre rezaba mi padre el rosario con la familia y los peones y gente del campo, en la capilla. Cuando por alguna ocupación urgente no lo hacía, quería que yo lo supliera. A veces llegaba antes de cualquiera, y a la salida me regañaba de mi poca devoción. Decía que mis padrenuestrós y avemarías andarían paseándose en el purgatorio y nadie los quería de mal rezados.*

*Era mi padre muy caritativo con los pobres. No podía ver una necesidad sin aliviarla... Era de carácter alegre, franco, violento, pero luego se apagaba*¹.

Don Octaviano murió relativamente joven, a los 64 años de edad, el 12 de noviembre de 1888, de una bronquitis eñisematosa que padecía desde hacía algunos años. Murió, dice Conchita, con la fe, la resignación y preparativos de un verdadero cristiano, recibiendo todos los auxilios de la religión y rodeado del obispo Montes de Oca y varios sacerdotes... Nos dio ejemplo de entereza. Veía venir la muerte con paz. Él mismo arregló el altar para el Viático, nos pidió perdón a todos y a cada uno de sus hijos de todo en lo que nos hubiera dado mal ejemplo o desedificado, agregando un abrazo, un beso y un consejo. Encargó, por obediencia, en su testamento, que lo enterraran sin ponerle nunca lápida ni piedra, ni nombre. Sólo una cruz. Así se hizo con pena de todos.

Sobre su madre nos dice: *Mi madre era una santa. Quedó huérfana de dos años y sufrió mucho. Me quería con predilección, y sufrió mucho cuando me casé... Siempre lloró en mis penas y se gozó en mis alegrías. Tuvo muchas penas y era muy amante de la pobreza. Tenía muchas virtudes ocultas y martirios ignorados. Era mi madre de mucha energía, de un alma muy grande, de mucho*

¹ Vida 1, 51-55.

sacrificio y de un sentido práctico admirable. Era muy instruida y tenía una inteligencia muy clara y perspicaz.

*¡Oh Dios mío, todos los defectos que yo tengo no son por cierto culpa de mis padres, pues que de ellos sólo aprendí virtudes, aunque no las practiqué!... ¡Cuánto vale una buena madre para encaminar al cielo! ¡Bendito seas que me diste tan cristianos padres! ¡Tenlos, Señor, en tu santo reino!*².

Su madre se había casado a los 17 años. Cinco o seis meses antes de que naciera Conchita le vino a su mamá una grave enfermedad que agotó sus fuerzas y puso en peligro su vida. El médico llamó al papá y le dijo que para salvar a la madre era preciso que muriera la hija o viceversa, que para salvar a la hija era necesario sacrificar a la madre. El señor Cabrera, para no dejar huérfanos a sus hijos, optó por salvar a la madre. El médico empezó a dar a la enferma medicinas para que Conchita naciera antes de tiempo, con riesgo de causar indirectamente la muerte de doña Clara. Pero gracias a Dios, la enferma poco a poco fue recuperando la salud.

*Al nacer, mi padre anunció que yo había de ser Concha (Concepción). Todos querían que fuera Guadalupe (el 12 de diciembre); pero voy viniendo a esta tierra el 8 diciembre (de 1862) a las 10 de la mañana*³.

Dos días después, el 10 de diciembre, fue bautizada por su tío el canónigo don Luis Gonzaga Arias en la parroquia del Sagrario de la catedral de San Luis Potosí. Le pusieron por nombre María Concepción Loreto Antonia. Concepción, por haber nacido en la fiesta de la Inmaculada; Loreto, porque ese día se celebraba la Traslación de la casa de Loreto, y Antonia, porque su tío era muy devoto de este santo.

Su madre, muy enferma, no pudo criar a su hija Conchita, que había nacido muy débil y enferma. Con gran pena de su corazón se vio obligada a confiar a la niña a otras mujeres para que la alimentaran. Siete fueron las nodrizas que se sucedieron, pues se dieron cuenta de que no eran nada buenas. Una iba a dejar morir de hambre a la niña, pues los engañó: no tenía leche. Otras eran ladronas.

Un día que Conchita estaba gravísima ordenó el médico que inmediatamente la sacaran de la ciudad y la llevaran a una hacienda. Entonces, de lástima, la esposa del portero se ofreció a seguir alimentando a la niña. Para esto dejó a su hijito de pecho con una nodriza. Esta caritativa mujer salvó la vida de

² Vida 1, 51-55.

³ CC 4, 187-188.

Conchita, pero a costa de la vida de su hijo, pues éste murió. Esta mujer, dice Conchita, *se llamaba Mauricia. Yo la quise mucho, y cuando tuve uso de razón y comprendí lo que le debía, la quise mucho más. ¡Debo una vida, Dios mío! Tal vez el alma de aquel niño te hubiera dado mucha gloria. ¿Y yo? Tú preferiste a esta emponzoñada tarántula. ¿Y por qué? Sólo por tu bondad incomparable*". *"¡Dios mío, ten en tu reino a aquella buena mujer!"*⁴.

*Me dediqué a la música porque me encantaba; muchas horas de mi vida perdí en el piano y el canto ¡Dios me perdone! Nunca nos dejaba mi madre en ociosidad, cuidando además de humillarnos mucho y de no dejarnos levantar la vanidad. En modales y eso, no se diga, mucho trabajó la pobrecita sobre el particular*⁵.

*Muy sencillamente le gustaba a mi madre que nos vistiéramos; y yo, gracias a Dios, nunca me han llamado la atención los géneros, ni las joyas: siempre ha puesto el Señor en mi corazón desprecio por todo lo que generalmente a las mujeres les gusta. ¡Qué bueno ha sido el Señor conmigo! y mucho de este despego se lo debo a mi buena madre que yo creo que tenía hecho voto de pobreza, y siempre me hacía ver con indiferencia las cosas de la tierra*⁶.

¡Oh Dios mío, y cuánto vale una buena madre para encaminarnos al cielo, bendito seas que me diste tan cristianos padres, tenlos Señor, en tu santo reino! ¡Con cuánta paciencia me enseñaron la doctrina, las oraciones, y el bien! Mi madre con frecuencia leía en voz alta el "Año Cristiano" y a mí me embebían aquellas meditaciones.

*Los pájaros y las flores eran su gusto y nunca recuerdo haberla visto que descuidara sus obligaciones. Cuando podía, nos llevaba a visitar al Santísimo expuesto, y para la novena de la Purísima, siempre ponía un precioso altar y le rezábamos con mucho entusiasmo y fervor. En las rodillas de mi madre aprendí que María también lo era; ella me enseñó a invocarla y a amarla con todo el corazón; muy temprano sembró en mi alma la semilla de su devoción*⁷.

¡Cuánto nos enseñó mi madre a contrariar la voluntad! Por ejemplo, apenas había entre la familia o amigos algún enfermo grave, desde muy niña me llevaba a velarlos y a servirlos en cuanto podía. Me hizo ver morir a hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, etc., enseñándome a no tener miedos, a ayudarles a bien morir, a no tenerles asco, a amortajarlos, etc.

⁴ Padilla I, p. 18.

⁵ Vida I, 50-51, texto 18.

⁶ Vida I, 54-55, texto 21.

⁷ Vida I, 55-56, texto 22.

*Ni a mi padre ni a mi madre les gustaban los melindres. De seis años me subieron a caballo sola, y la primera vez se espantó sobre parado y me caí. Acto continuo, sin dar importancia a mis lágrimas, mandó mi padre que tomara un vaso de agua, y otra vez arriba. Así le perdí el miedo a los caballos, llegando a tener hasta vanidad de montar los muy briosos y que a otros tiraban*⁸.

*Jamás me dejó mi madre tener amigas. Ella era mi única amiga. Así es que en todas las épocas de mi vida la busqué, hasta que se murió, y con nadie he tenido intimidad en la tierra. Conocidas, amistades de sociedad, pocas y escogidas*⁹.

Doña Clara Arias de Cabrera murió 17 años después de su esposo en la ciudad de México, el 20 de febrero de 1905. Estaba bastante bien de salud; andaba y salía y hacía sus quehaceres, pues siempre fue muy hacendosa y trabajadora, pero el domingo 19 de febrero le dio un ataque de uremia que la privó del habla y del conocimiento. Por un favor de Dios, como a las 10 de la noche volvió en sí sólo para confesarse, pues luego volvió a perder el conocimiento, y a las 8 de la mañana del día siguiente, 20 de febrero, expiró. El martes 21 la enterraron en el panteón del Tepeyac.

PRIMERA CONFESIÓN Y COMUNIÓN

Recibió la confirmación a los 3 años en la catedral de San Luis Potosí el 5 de mayo de 1866 por el obispo de la diócesis Monseñor Pedro Barajas.

Cuando tenía seis años vio a Jesús. Ella refiere: *De muy niña, tuve un sueño, visión, o no sé qué sería, pero se quedó muy grabado en mi memoria y aún más, en mi corazón. Vi al Señor vivo, palpitante, con un vestido morado de terciopelo, que se acostó en mis faldas, es decir, su cabeza en mí, estando yo sentada en el suelo. Jugaba con sus sedosos rizos, con su pelo, con mucho respeto y amor, y Él, de vez en cuando, me miraba, volteando sus ojos garzos para arriba, bañándome aquella mirada de una sensación divina que yo nunca había sentido. Esto duró un buen rato, y aún después de tantos años, no lo he podido olvidar, y lo recuerdo conmovida*¹⁰.

Cuando estaba en San Luis, siempre asistía a la misa dominical y, cuando estaba en las haciendas, especialmente en la de Peregrina de Abajo, tenía que ir con su familia al cercano pueblo de Santa María del Río.

⁸ Vida I, 55-56.

⁹ Vida I, 56-57.

¹⁰ Vida I, 21-22, texto 9.

La primera confesión la hizo en el colegio de las hermanas de la Caridad, cuando tenía siete u ocho años. Alguien le aconsejó que dijera unos pecados muy graves y ella los dijo, aunque después de mucho tiempo se dio cuenta de que no los había cometido. Sus faltas eran normales. Dice: *Me enojaba con mis hermanos, peleaba con ellos, desobedecía a mis padres, me cogía un dulce o una fruta, decía mentiras*¹¹.

Hizo su primera comunión a los 10 años el 8 de diciembre de 1872. Se la dio su tío Luis Arias en la iglesia de San Juan de Dios. Y ella afirma: *No recuerdo por mi tibieza y tontera, nada de particular ese día, sino un inmenso placer interior y gusto del vestido blanco. Mi amor desde entonces a la sagrada Eucaristía, iba siempre en creciente, y desde entonces, tenía particular gusto en frecuentar los sacramentos hasta que llegando a los 15 ó 16 ya me dejaron comulgar 4 ó 5 veces por semana, y poco después, diariamente.*

*¡Yo era feliz, felicísima, recibiendo al Santísimo Sacramento, sentía el ser una necesidad indispensable para mi vida! ¡Y cuántas veces, después de bailes y teatros, fui a comulgar al día siguiente, por no encontrarme manchada!*¹².

VIDA SALUDABLE

Nos dice: *Crecí entre puros hombres varones... Mis juegos generalmente eran con hombres. Me enseñaron a hacer circo, trapecios, etc. Jugábamos a carreras y caballos y mulas y cosas de hombres. Mi madre enferma y yo que me escapaba para juntármeles*¹³.

En las haciendas *me gustaba ponerme a todo. Aprendí a sembrar con la yunta de bueyes, aprendí a remar en un laguito que había, aprendí a lazar*¹⁴. También le gustaba mucho ir a caballo con su padre y su hermana Clara *por montes y caminos, con mozos y toros y ganado. Se bañaban en los arroyos mientras un perro las cuidaba*¹⁵.

A veces era atrevida: *Un día estábamos en un corral viendo los herraderos y se me ocurrió convidar a Clara mi hermana, y llamar un toro a ver*

¹¹ Vida I, 26.

¹² Vida I, 27-28, texto 12.

¹³ Vida I, 34-35.

¹⁴ Vida I, 54,

¹⁵ Vida I, 36-37.

*lo que sentía. Todo fue pensarlo y hacerlo. Al momento se bajó mi padre y mi hermano y al primero lo hirió el animal ligeramente en la pierna*¹⁶.

*Salí muy buena amazona al grado de tener vanidad por montar los caballos más briosos de carrera de mi padre... Un día en la hacienda de Jesús María había muchas visitas que deseaban salir al campo a caballo y no quedaba para mí sino uno muy mañoso y malo... Estábamos en un potrero de surcos de maíz y se desbocó el caballo, arrastrándome sin poder nadie detenerlo, porque corría más. Yo quedaba debajo de él y me caían sus patadas sobre el cuerpo, dejándome estampadas las herraduras. No sé cómo no me estrelló la cara. Me descompuso el brazo y fue una de golpes hasta que, por beneficio de Dios, al saltar una cerca de magueyes y nopales, pude quedar tirada de este lado (de la cerca). Me dejó sin calzado, con el pelo suelto, con pedazos de ropa y sin saber si estaba cabal... Luego me llevaron en camilla a la hacienda. Me compusieron el brazo, me curaron, pero no me pude mover algunos días. ¡Qué beneficio de Dios el no haberme quitado entonces la vida*¹⁷.

*El campo, los pájaros, la naturaleza y aquella paz, y aquellas puestas del sol siempre me llevaban el alma a Dios desde muy niña. Me deleitaba la soledad de los bosques, y aunque siempre por ellos iba cantando, a veces eran tan fuertes en mi alma los levantamientos hacia el Creador de todo aquello, que procuraba quedarme atrás y gozar en silencio de aquello interior que me absorbía. Después, me encantaba visitar a los pobres y hasta llegué a envidiarlos*¹⁸.

*Cuántas veces, en mis largas excursiones por el campo, con mi padre y Clara mi hermana, me pasaba las horas a caballo, pensando cómo podría yo vivir en una cueva, entre aquellos montes, muy lejos de toda mirada humana, haciendo penitencia y oración sin estorbos, sin testigos, y a todo mi sabor. ¡Esta idea me encantaba, acariciándola con toda la ternura de mi alma!*¹⁹.

¹⁶ Vida I, 53.

¹⁷ Vida I, 57-60.

¹⁸ Vida I, 60, texto 24.

¹⁹ Vida I, 16-17, texto 7.

ESTUDIOS

Estudió música y canto que mucho le gustaba. Y por supuesto aprendió muchas cosas de la vida del campo que se aprenden por experiencia.

En cuanto a cursos regulares, aprendió a leer en una escuela particular, pero sólo estuvo seis meses, porque la escuela de las hermanas de la Caridad fue cerrada por el gobierno y las religiosas fueron expulsadas de la ciudad. Entonces sus padres contrataron a maestros honorables, que iban a su casa a darle clases.

En casa su madre le enseñó a bordar y desde los 12 años llevaba las cuentas de los gastos de la casa. En la hacienda ordeñaba, hacía pan, cocinaba, remendaba ropa, hacía dulces y repostería y le gustaba jugar con sus hermanos y cabalgar. Ella misma dice: *Crecí como la hierba de los campos*²⁰.

Desde que hizo su primera comunión se sentía atraída a rezar ante Jesús Eucaristía y todos los días iba a visitarlo a una iglesia cuando estaba en la ciudad, ya que en la hacienda no tenían capellán.

En la ciudad de San Luis Potosí seguía una vida de fiestas y vanidades, aunque tenía un tiempo dedicado a la oración y a la penitencia, que siempre la atraía para demostrar su amor a Jesús, que desde que se le apareció a los seis años le había enamorado el corazón. Pero el golpe de gracia le vino con la muerte de su hermano Manuel.

MUERTE DE MANUEL

Tenía 21 años, cuando el 15 de septiembre de 1883 su hermano Manuel murió trágicamente. Se encontraba en la hacienda de Jesús María e invitó a su amigo Francisco Cayo a comer con él. Al fin de la comida, Cayo se levantó, pero luego se sentó para tomar el café. En ese momento el gatillo de la pistola que llevaba al cinto se le atoró en la silla y se disparó. La bala entró por una mejilla de Manuel y le atravesó el cráneo, matándolo al instante. Conchita sufrió mucho, pues quería mucho a su hermano Manuel. Pero tuvo su efecto positivo. Ella asegura que *este suceso vino a cortar la corriente de mundo, bailes y teatros en donde yo andaba. Volví con el luto a darme más a Dios, a pensar más en Él, desprendiéndome de la corriente que llevaba a las vanidades de la tierra*²¹.

²⁰ Sum Ap, p. 560.

²¹ Vida I, 82-85.

También a raíz de la muerte de Manuel, su hermano Primitivo pensó más en Dios y decidió hacerse religioso. Con el tiempo fue un gran misionero jesuita. Y dice ella: *Me fastidiaba todo lo caduco, lo que brillaba, lo vano y ficticio. Nunca los trapos me llenaron el corazón. Yo sentía una cosa muy grande dentro del alma, un vacío inmenso, que pensé llenarlo casándome con un hombre tan bueno y que me quería como Pancho* ²².

Los sacerdotes con quienes me confesaba jamás me hablaron de otro camino para mí, solo mi tío me leía a veces cosas muy hermosas de vírgenes y mártires, pero a mí no se me pasaba que fuera eso para mí... Hasta hace pocos años supe que había virginidad en los hombres. Pensaba que casada tendría más libertad para hacer mis penitencias y esto me encantaba y tranquilizaba. También hay que advertir que en San Luis no había religiosas ni yo conocía ninguna, sino en el “Año cristiano” y lamentaba que no existieran ²³.

MUERTE DE SU TÍO

Su tío sacerdote Luis Arias murió el día 8 de mayo de 1886. *Le dio un dolor muy violento y luego lo fui a ver. Se quejaba mucho con los agudísimos dolores que tenía, y yo le comencé a hablar de los sufrimientos del Señor, de la paciencia que debía tener, y el pobrecito no volvió a quejarse más, a pesar de la intensidad de los sufrimientos que lo mataron. Se agravó, y volando le quité las vendas de los pies, pues tenía gota, y sentado a la orilla de la cama lo olearon (le pusieron el sacramento de los enfermos), y pocos minutos después, estando ayudándole a bien morir un padre (el canónigo Bernabé Alcocer), mi madre y yo, murió. Yo le cerré los ojos, retirándome con mi madre y mis hermanos a rezar por su alma mientras le pusieron sus vestiduras sacerdotales y lo tendían. Mucho lo sentí y encomendé a Dios.*

Sería a fines del mes, como por el día 30 (de mayo de 1886). Por la tarde me había dado el Señor un fervor de alma y muchos recursos a la oración, viéndome en ella tan miserable, tan fría, tan manchada y tan vil, que prorrumpí clamando ¡misericordia! Le pedí al Señor toda esa tarde, con todo mi corazón, que se dignara sacudir mi espíritu, que me diera un golpe de gracia con el que se conmoviera todo mi ser. Le volví a asegurar, con no sé qué instinto que me acercaba de una manera inexplicable a Él, que quería ser buena y pertenecerle por completo. Tenía hambre de unión, de dejarme a mí misma, de encontrarlo a Él.

²² Vida I, 78-79.

²³ Vida I, 79.

Llegó la noche, me acosté, y serían las doce, cuando de repente veo, no sé cómo, que se iluminó el aposento, y así, al lado izquierdo de la cama en donde yo dormía, vi un montón de nubes luminosas, y entre ellas, como pisando aquellas blanquísimas gasas, a muchos ángeles grandes, como de cuerpo entero, bellísimos, con una hermosura sin nombre. Irradiaban dentro de aquella blanquísima luz, más clara que la incandescente que conocemos. Cuchicheaban entre sí, con un rostro alegrísimo, pero yo no entendí lo que decían.

De pronto volteo hacia los pies de la cama y vi a mi tío radiante de gloria y de dicha, con sus vestiduras también blanquísimas, que con un incensario de oro en las manos me decía: “Mira qué dichoso soy”. “Pasa por alto las cosas del mundo”, y otras palabras. Pero al mismo tiempo que escuchaba esto de su boca, otras cosas se operaban en el fondo de mi alma, como que se estremecía y se transformaba, iluminada en su fondo. ¡Dios mío, qué santa impresión!

Después se fue aquello desvaneciendo, y volvieron a aparecer todos los objetos tal cual eran, quedándome una tristeza especial²⁴.

NOVIAZGO

Conchita tenía pocas amistades, porque salía poco a fiestas y reuniones sociales. En San Luis, de pequeña y adolescente, casi no la conocían. Le repugnaban los bailes, pero había costumbre de que, cuando las jovencitas se ponían el vestido largo a los 13 años, asistieran a los bailes. Por eso, a partir de los 13 años, comenzó a asistir a ellos y el primero fue el 12 de diciembre de 1875. En esa ocasión uno de sus hermanos le presentó al que sería su esposo. El 24 de diciembre el mismo joven Francisco Armida empezó a hablarle.

Ella escribe: El día 16 de enero de 1876 me llevaron a un baile de familia y ahí se me declaró Pancho en toda forma y acto continuo le correspondí. Yo nunca había oído hablar de amores y voy oyendo que sufría, si yo no lo quería, que sería muy desgraciado si yo no le correspondía y cosas por ese estilo, que me dejaron fría. Yo no me creía capaz de inspirar cariño; se me conmovió el corazón y se me hizo tan raro que sufriera por tan poco. Volví a mi casa intranquila y con un peso. Tenía yo zozobra, susto; por fin, habiéndole prohibido que me escribiera, lo hizo hasta mayo, y con las relaciones más o menos cortadas en temporadas exteriormente, porque a mi familia le parecía que yo era muy joven, y con razón; duramos 9 años de novios hasta que nos casamos²⁵.

²⁴ Vida I, 116-122.

²⁵ Vida I, 70-71.

Me hacían mucho caso en los bailes, sería por tonta, siempre tenía las etiquetas o programas llenos desde que llegaba; y después, ¡qué flojera tener que bailar tanto! Dicen que hay peligro en los bailes, y ahora lo comprendo, pero yo bailaba como con una silla, porque me sacaban, pero sin más fin que complacer.

Las modistas me adulaban de buen cuerpo. Tenía vanidad pero no inclinación a ella; seguía la corriente, me gustaba agradar a mi novio con suma sencillez.

Me adornaba sólo en los minutos que pasaba o iba a visitarme Pancho, y en seguida, apenas iría en la esquina, luego me despojaba de todo. Me estorbaban los aretes, los anillos, etc., así era mi mamá; recuerdo que el día de S. Rafael (24 de octubre de 1884), me regaló Pancho una pulsera con llave, me la cerró, y yo sentía angustia de aquello, en muchos años no me la quité²⁶.

A mí nunca me inquietó el noviazgo en el sentido de que me impidiera ser menos de Dios; ¡se me hacía tan fácil juntar las dos cosas! Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho, y después en la Eucaristía, que era mi delicia. Todos los días iba a comulgar, y después a verlo pasar: el recuerdo de Pancho no me impedía mis oraciones.

Me adornaba y componía, sólo para gustarle a él; iba a los teatros y a los bailes con el único fin de verlo, todo lo demás no me importaba. Y en medio de todo esto, no me olvidaba de mi Dios, las más veces lo recordaba y me atraía de una manera indecible. Cuántas veces, debajo de la seda de mis vestidos, que me importaban igual que si fueran de jerga, llevaba a los bailes y teatros un fuerte cilicio en la cintura, gozándome en su dolor por mi Jesús.

Como decía, a mí no me parecía que me manchaba, y muchas veces fui a comulgar al día siguiente del teatro o baile, hasta que me dijeron que no era propio, y mucho sufrí.

Varios pretendientes ricos me perseguían, pero yo nunca quise ni correspondí más que a Pancho. Alguno se dirigió a mis padres para comprometerme, pero ellos no coartaban mi libertad, y sólo me aconsejaban prudentemente²⁷.

Llegó el día de petición de mano. Pancho, acompañado del canónigo Francisco Peña se presentó en la casa. *Mi madre lloraba. Mi padre me preguntó*

²⁶ Vida I, 79-81.

²⁷ Vida I, 75-76, texto 26.

*si quería casarme. Respondí que sí, porque amaba a Pancho, a pesar de no ser rico, pero lo prefería a todos los otros. Era muy bueno. Lo amaba con gran sencillez como envuelto en mi amor a Jesús. Para mí no había otro camino que Dios*²⁸.

*Tengo que agradecerle a Pancho que jamás abusó de mi sencillez. Fue un novio muy correcto y respetuoso. Yo siempre desde mi primera carta, lo llevé a Dios. Me cabe la satisfacción de haberlo inclinado a la piedad siempre. Le hablaba de sus deberes religiosos, del amor a la santísima Virgen, que no pasara los viernes en honor del Sagrado Corazón, de que frecuentara los sacramentos. Él me regalaba entonces oraciones y versos piadosos, el Kempis en un estuchito hermoso*²⁹.

SU MATRIMONIO

Conchita contrajo matrimonio con Francisco Armida García el 8 de noviembre de 1884 en el templo del Carmen de la ciudad de San Luis Potosí. Desde las doce de la noche a la 1 a.m. de ese día, ella rezó los quince misterios del rosario para prepararse para su nueva vida. A las seis de la mañana los dos novios fueron a misa y a comulgar. El matrimonio se celebró a las ocho de la mañana y a continuación fue la boda civil. Posteriormente hubo una comida y baile para los invitados. A la hora de la comida, Conchita le pidió a su esposo que la dejara comulgar todos los días y que no fuera celoso, cosas que Pancho aceptó.

Sus cuñadas y su suegra no la querían, la menospreciaban. A veces hasta Pancho les daba la razón. Y dice: *Mi suegro siempre me quiso. Hacía mucho que no frecuentaba los sacramentos y le rogué que lo hiciera. Le arreglé que se confesara. Dios me concedió que lo hiciera, muriendo algún tiempo después repentinamente. Mi suegra me decía después que, cuando me casé, no me quería nada, pero que, después, mucho. Y así era ella, que me defendía hasta con mi marido. Me buscaba y yo le hablaba de Dios... Yo lo sentí mucho cuando murió, pero de no frecuentar antes los sacramentos, después comenzó a hacerlo y fue muy fervorosa y sufrida*³⁰.

Cuando nos casamos, Pancho tenía un carácter muy violento, pero era como la pólvora: luego pasaba el fuego y se sentía apenado; pero al cabo de algunos años cambió tanto que hasta su mamá y hermanas se admiraban. Yo

²⁸ Autobiografía I, p. 107.

²⁹ Vida I, 71-74.

³⁰ Vida I, 152-154.

*creo que era la gracia y el continuo limarse el pobre con esta lija y duro pedernal*³¹.

Me tenía grande confianza, y con frecuencia me hablaba de sus negocios, tomando mi opinión, aunque nada valía. Era hombre de orden y metódico. Nunca leía lo que yo escribía. A veces me encontraba haciendo mis Cuentas de conciencia. “Son cosas de espíritu, que tú dices y yo no entiendo”, me decía. Tenía que condescender en ir al teatro y bailes con él algunas veces. Nunca iba solo.

Le tenía mucho miedo a la muerte, y leyéndole el Kempis, a menudo le salía ese capítulo y creía que yo lo hacía de propósito... Era un poco celoso. Cuando me enfermaba de gravedad, que fue en varias ocasiones, él me asistía de día y de noche sin querer persona que me velara. Era muy presumido, y para morir me encargó que le pusiera un hábito viejo de san Francisco y lo enterraran en segunda clase por humildad. No hubo hábito viejo, sino nuevo y sólo primera había en el Tepeyac.

*Todos los domingos iba a la Villa a encomendarse a la santísima Virgen de Guadalupe. Fue tan buen padres que viniendo de su trabajo me ayudaba personalmente a arrullar a los niños y dormirlos*³².

*A veces mi marido, de bueno, quería que, aunque todo saliera mal, yo comprara y escogiera todo a mi gusto y tenía que hacerlo, aunque con pena. Estas delicadezas no sabía con qué agradecerlas*³³.

*Ya casada hubo quien la calumniara respecto a su honra. Dice: Me vi en situaciones tirantísimas con una persona de mucho respeto, buena en su fondo, en sus costumbres, en todo. Conmigo, excelente, pero que sin pensarlo daba ocasión a celos e historias de esta clase*³⁴.

A su esposo trataba siempre de hacerlo feliz. El día de su cumpleaños le hacía 18 ó 20 cuelgas (regalos), pensando que era poco para lo que se merecía, porque era muy bueno.

Conchita fue una esposa solícita, amante de su esposo, trabajadora y fiel en sus obligaciones de ama de casa y con el vivo deseo de formar un hogar donde Dios tuviera el primer lugar.

³¹ Vida I, 151-152.

³² Vida I, 143.

³³ Vida I, 66.

³⁴ Vida I, 141.

A los empleados de su casa les daba lecciones de catecismo y se preocupaba de que cumplieran con los preceptos de la Iglesia, confesando y comulgando. En las haciendas, sobre todo en las de Peregrina de Abajo y la de Jesús María, se preocupó de darles catecismo a los niños y prepararlos para la primera comunión; y a las mujeres los Ejercicios Espirituales que ella había recibido. Hubo 60 mujeres reunidas

Dice ella: *Tenía mucho cariño a los niños y acariciaba y besaba a los niños pobres, aun a los más repugnantes con muchísimo cariño*³⁵.

Con frecuencia le gustaba visitar a los enfermos de los hospitales y llevaba a sus hijos para que aprendieran a ser compasivos con los enfermos y necesitados.

Su esposo trabajaba y ella tenía algunas horas libres para dedicarse a la oración. Cuando llegó a ser madre, acogió la maternidad como un don de Dios. Antes que nacieran sus hijos, los consagraba a Dios y a María. Su mayor preocupación era hacer de sus hijos, hijos de Dios y buenos cristianos.

Su esposo trabajaba primero como dependiente en el comercio llamado *El Moro* en San Luis Potosí, propiedad de uno de sus familiares. Después pudo independizarse sin salir de la línea del comercio. En 1887, con tres años de casados y dos hijos, hubo en San Luis un alza de la plata y los negocios del esposo comenzaron a ir mal, pero con los consejos que ella le dio a su esposo, pudieron seguir adelante.

En 1895 su esposo la trajo a México con motivo de la coronación pontificia de la imagen de la Virgen de Guadalupe. Estando en ciudad de México, consiguió él un buen trabajo y ambos decidieron venir a vivir a la capital.

En 1894 en unos Ejercicios Espirituales hizo los siguientes propósitos: *Con mi marido seré naturalmente cariñosa, sin exageración ni extremos. Un santo término medio, sirviéndolo en todas sus necesidades, velando sus deseos, que nada le falte de su uso o comodidad. Tendré especial cuidado de su alma; con tino, buscaré las ocasiones de inclinarlo a Dios sin que lo sienta, de hablarle de Él, dejando caer las palabras en su corazón que, como semilla, produzcan su efecto. Condescenderé con él prudentemente en todo lo que no sea la más leve ofensa a Dios, pero en lo que sea menoscabo a su gloria, seré suficientemente enérgica... Jamás hablaré mal en lo más mínimo de su familia; siempre la disculparé y callaré, teniendo cuidado de que se respete la mía. Vigilaré con*

³⁵ Sum ord., p. 154.

*sencillez sus amistades y conducta, haciéndole ver con mucho modo los escollos y peligros que la penetración natural de la mujer alcanza y rara vez se equivoca. Velaré por la economía sin descender a extremos, teniendo cuidado de que nada falte a los demás y haciendo personalmente muchas cosas que implicarían gastos. Estaré siempre atenta a todas las circunstancias. Estudiaré su carácter; hablaré cuando convenga y callaré generalmente en las humillaciones. En cuanto a la educación de mis hijos, haré porque siempre caminemos de acuerdo, habiendo energía y rectitud de ambas partes con especialísimo cuidado*³⁶.

ANHELO DE VIRGINIDAD

Desde muy niña Dios la preservó de muchos peligros contra la virtud de la pureza. Ella misma nos dice: *El Señor me libró de muchos peligros, siempre que oía yo algo menos puro, temblaba mi corazón y me retiraba. Ese instinto de huir, lo sentía yo sin darme cuenta, de una manera imperiosa e irresistible. Me dan ganas de llorar cuando recuerdo todo esto.*

Esa esponja celestial que borraba de mi mente, de mis oídos y de mi corazón tan a fondo, y hasta aún hoy mismo, todo lo que en esta materia pudiera empañarlos, ¿a quién se lo debo, sino a Jesús y su Madre santísima a quien mi madre me enseñó a amar y con quien me tenía tan recomendada?

*Antes de conocer a mi Jesús, ya Satanás quería arrebatarme la inocencia. Vivía yo entre hombres (mis hermanos), mi hermana mayor Emilia, se casó cuando yo tenía 6 años, la menor se murió de 3 años siendo yo muy chica, Carlota; y Clara, a quien yo llevaba 4 años, era la que más se me acercaba. Así es que mis juegos, generalmente, era con los hombres. Mi madre enferma y yo que me escapaba, aunque a decir verdad, pronto me fastidiaba el ruido y huía a la soledad*³⁷.

Andábamos con mi padre que le gustaba mucho el campo, por montes y caminos, a caballo, con mozos, y toros, y ganados, y con ocasiones de oír de esa pobre gente muchas cosas. Pues aunque sea feo que yo lo diga, debo decir la verdad; en materia de pureza, siento como que a mi alma nada la ha manchado, nada la ha alcanzado, yo siempre he visto las cosas con sencillez, y nunca se me ha hecho nada malo; es decir, yo nunca he tenido malicia, y muchas veces me ha hecho falta, yo creo.

³⁶ Sum Ap, p. 24.

³⁷ Vida I, 33-35, texto 14.

Todo lo que pudiera haber empañado mi mente o mi corazón, alguien siempre lo ha borrado: ¿quién sería?... ¡Oh Dios mío y todo mi amor! ¿Quién había de ser sino Tú, mi Bien, que en mil vidas que tuviera no te pagaría tantas bondades?

Un perro nos cuidaba en el arroyo cuando nos bañábamos, y mi ángel, ¡siempre mi buen ángel, no se separó de mi lado! ¡Cuánto lo quiero! Ya de grande, en bailes y teatros, cuántos peligros corrí, de que ahora me doy cuenta, y sin embargo, yo siento que no me manché, porque, o no entendía, o sufría. Mi marido me decía a menudo, cuando tenía nueve hijos, que yo era la décima, en lugar de ser la mamá.

Se me ocurría hacerle algunas preguntas que nunca me contestaba, y a él le parecía imposible que yo no las supiera, y era cierto, aún las ignoro: siempre se asombraba y me respetaba. Nunca rompió la venda de mis ojos, y aún hoy, yo barrunto como por instinto lo que es malo, pero como que no le llego al fondo. No puedo tener malicia, digo, entender la malicia, esto me es imposible³⁸.

En cuestión de pureza, siento mi alma como un cristal. Ya casada me vi en muchos conflictos con otras casadas, de conversación; mi alma siempre ha temblado ante la sombra de la impureza. El Señor, por su infinita misericordia me ha librado de ese fango asqueroso; y fui niña, y fui joven en mil peligros, y fui casada, y soy viuda, y siento igual que a los tres años, horror a lo que no sé, temblor ante cualquier peligro; me siento de veras, como lejos del mundo que piso, como envuelta en mil velos, que velándome los ojos, me cubren la impureza de la tierra. ¿Cómo pagar al Señor tamaños favores? Muchos años antes de morir mi marido, hice voto de no volverme a casar si él faltaba y, acabando él de expirar, lo hice perpetuo de castidad y pureza, así a su cabecera, todavía caliente el cadáver³⁹.

Al casarse, creyó que iba a llenar aquel inmenso vacío que sentía en su interior. Además fue al matrimonio con una gran ignorancia. En su ingenuidad pensó que, dándose las manos en la iglesia y con la bendición del sacerdote, venían los hijos. Al darse cuenta de que no era así, el matrimonio se convirtió para ella en un peso, pues hubiera deseado ser toda de Dios y mantenerse siempre virgen. Pero supo sufrir en silencio sin manifestar su desilusión y cumplir fielmente sus obligaciones de esposa y de madre.

Afirma: Yo sufría, y aun en medio de tantas adulaciones, diversiones y cosas, sentía en mi alma un vacío, una voz interior que me decía: “Tú no naciste

³⁸ Vida I, 36-38, texto 16.

³⁹ Autobiografía I, 11-14.

para esto; en otra cosa está tu felicidad”. Cuando recuerdo esto, me parece que debí haber tenido vocación, pero yo casi no había oído esta palabra, ni siquiera fijado la atención. Me encantaban en el “Año Cristiano” las religiosas, pero ni las conocía y aun me figuraba que ya no existían, lamentándolo.

Con mis primas, seguido me gustaba jugar a las monjas, y me estaba grandes ratos postrada sintiendo en mi alma la atracción de Dios; para esto, me ponía cilicio, etc., pero a las compañeras les fastidiaba este juego, y pasábamos al de los novios ⁴⁰.

Al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no era todo aquel lleno que yo me había figurado, instintivamente se fue mi corazón más y más a Dios, buscando en Él lo que le faltaba, pues el vacío interior había crecido, a pesar de todas las felicidades de la tierra ⁴¹.

A los dos años y medio de casada un acontecimiento vino a avivar su deseo de ser toda de Jesús. En el mes de mayo de 1886 vinieron a San Luis Potosí las religiosas del Sagrado Corazón. Muchas jóvenes, entre ellas Clara, la hermana de Conchita, pidieron ser admitidas. Desde entonces se acentuó el sufrimiento de Conchita por *no poder ser religiosa*. Dice: *Sentí en mi alma una santa envidia al grado que, apenas concurría a aquella capillita, las lágrimas acudían a mis ojos... Entonces sentí por primera vez lo que era la vocación religiosa.*

Comprendió que para ella ya era demasiado tarde. El único consuelo que le quedaba era ir a los pies del sagrario y desahogar su corazón ante Jesús.

Jesús, sin embargo, le hizo comprender que hay castidad del alma superior a la del cuerpo y que él mismo había deseado que en su vocación matrimonial viviera su virginidad interior. Y le aseguró en varias oportunidades que, según sus divinos planes, ella, aunque estuviera casada, para Él era virgen. Así se lo manifestó en 1894.

Un día le dijo: *Quiero unir en tu alma dos cosas: la maternidad y la virginidad, para que seas algo parecida a la Virgen María.*

En los primeros años de matrimonio, crecía en ella más y más su deseo de ser toda de Jesús. Para ello, afirma: *Me alisté en la tercera Orden de San Francisco e hice la profesión con todo el fervor que fui capaz, pensando que tenía algún tinte de religiosa. Un día de santa Teresa de Jesús, le rogué que le*

⁴⁰ Vida I, 76-77. texto 28.

⁴¹ Vida I, 112, texto 37.

*pidiera al Señor que yo supiera amarlo como ella lo amó y por sus manos le ofrecí el voto de obediencia. El voto de pureza lo puse en manos de la Inmaculada Concepción*⁴².

El voto de pobreza se lo encomendó a san Francisco por ser terciaria de su Orden. El día que se ató con estos tres votos fue el 15 de octubre de 1887. Tenía 25 años de edad y tres de casada. Y dice: *Nadie los presencié. Solo Dios, mis santos patronos y yo lo sabíamos. Al recibirlo en la comunión, me pareció que ahí estaba la santísima Virgen, san Francisco y santa Teresa, presentando cada uno a Jesús mis promesas*⁴³.

En 1891, a los siete años de su matrimonio, escribió en una hoja este impresionante desahogo. Su hermano Primitivo acababa de irse a la Compañía de Jesús. *Perdóname, Señor, vaciar aquí lo que nunca ha salido de mi pecho. Es un desahogo del alma que se siente estallar si no lo dice. Son quejas del corazón, injustas, tal vez, pero que, sofocadas, hoy brotan a torrentes sin poderse contener. ¡Ah, mi Jesús!, Tú bien sabes a lo que me refiero... Tarde, muy tarde he conocido lo que hubiera hecho mi completa felicidad y llenado mis inclinaciones: el estado religioso. He puesto en la llaga el dedo. Mas Tú eres el único que me escuchas. ¿Y por qué reprimir más estas lágrimas del alma? ¡Ah!, yo te sentí, mi Jesús, y muy a tiempo me hiciste gustar dulzuras inefables. No puedo decir que no te conocía, porque bien conocida es tu presencia. No me disculpo. Mas, ¡ay!, yo creía encontrar la felicidad en la tierra, mis ilusiones creían tener límites, y veía en el matrimonio un horizonte dorado.*

Puedo llamarme feliz, y, sin embargo..., ¡cuántas decepciones, cuántos sacrificios!... Creía llenar mi corazón con un hombre, y Dios sólo es capaz de llenarlo. Creía gozar en medio del mundo, y el mundo y todas sus cosas se me despegan causándome muchísima tristeza. ¿Por qué no hubo, ¡ay!, un alma que comprendiera mis inclinaciones y me diera la dicha completa de que hoy carezco? Tal vez, tal vez la hubiese escuchado..., y sería toda, toda de mi Jesús adorado... Cuando sola yo comprendí tamañas gracias desperdiciadas, era tarde, ya no tenía aquella pureza que hubiera ofrecido gustosa a mi Dios. (Aquí me ahogan las lágrimas). Estos votos, a que mis inclinaciones me arrastran, son, ¡ay!, tan imperfectos ahora... Es horrible una vocación desperdiciada. Yo creo que es de las cruces más grandes que podemos cargar en esta vida. ¡Se ligan tantas y tantas cosas!

Tú lo sabes, Jesús mío. Siempre mis quejas han sido íntimas entre Tú y mi alma en siete años... Como por ascuas he pasado mi pensamiento por ahí

⁴² Vida I, 155-156.

⁴³ Padilla I, vol I, p. 74.

*siempre, y cuando mis lágrimas, reprimidas en mil ocasiones, se derramaban por fin de mis ojos, solamente las recogía un corazón, el Corazón de mi Jesús... Este secreto lo ha guardado mi alma, y sólo hoy que un hermano queridísimo (Primitivo) va a separarse de mis brazos para alcanzar la dicha incomparable de pertenecerle sólo a Dios, hoy, no puedo más. Y dando rienda suelta a mis sentimientos estampo aquí lo que sólo Dios conoce. ¿Será envidia? ¡Ah!, sí lo es, pero una santa envidia*⁴⁴.

SUS HERMANOS

Sus padres tuvieron 12 hijos. Ella fue la séptima. Veamos.

Manuel el mayor (1849-1883) la acompañó muchas veces en sus paseos a caballo por las haciendas. Murió trágicamente en la hacienda de Jesús María el 15 de septiembre de 1883. Ella tenía 21 años y le afectó mucho y le hizo reflexionar en la fugacidad de la vida y en tomar las cosas con seriedad, viviendo para la eternidad.

Octaviano (1851-1931) tuvo mucha influencia en su vida. Los unió un gran amor fraternal y cuando ella enviudó él fue su apoyo material y espiritual. Conchita lo asistió en su agonía. Ella dice de él: *Fui su hermana predilecta y tuvo conmigo finezas, cariño y favores mil y él decía: “Concha ha sido mi madre, mi hermana y mi consuelo”*⁴⁵.

Emilia (1852-1908) contrajo matrimonio con Manuel Salas el 9 de julio de 1869 y fue a vivir a Saltillo. Conchita no había cumplido los 7 años. Se vieron poco por vivir en distintas ciudades. Murió en San Luis Potosí y Conchita fue de inmediato desde México, pero ya la encontró en el féretro. Dice: *Mis lágrimas corrieron empapándola. Casi no me aparté del cadáver, rezándole, y a las tres y media de la tarde en coche cerrado fui detrás del féretro al entierro*⁴⁶.

José (1854-1923) vivió siempre en San Luis, era muy enfermizo, le amputaron un pie y después toda la pierna, y más tarde la otra. Conchita lo atendió durante su agonía. Escribió: *A la una de la mañana murió mi hermano con todos los auxilios y absoluciones apaciblemente. Yo le tenía su mano con el crucifijo hasta que expiró*⁴⁷.

⁴⁴ Apuntes espirituales, t 158, pp. 136-138.

⁴⁵ CC 61, 152-156.

⁴⁶ CC 29, 16-30.

⁴⁷ CC 44, 108-112.

Luis (1856-1913) contrajo matrimonio en 1881 y tuvo cinco hijos, uno de los cuales se hizo jesuita y dos de sus hijas religiosas del Sagrado Corazón. Murió cuando ella estaba por Europa y no pudo atenderlo.

Juan (1860-1911) fue el hermano pródigo. Conchita lo buscó hasta dar con él después de 14 años de ausencia. Lo encontró en una casa de vecindad. No había ni una mesita en donde poner el altar. ¡Qué miseria! Con él estaba su hijo también enfermo de tifo. Les llevé ropa y dinero. Murió el 1 de abril, cuatro días más tarde de haberlo encontrado.

Primitivo (1864-1949) ingresó en la Compañía de Jesús y fue uno de los grandes misioneros populares de México. Entre ambos hubo siempre gran afinidad espiritual. Y durante la persecución religiosa lo ocultó en su casa. Este hermano estuvo presente en la muerte de Conchita.

Clara (1816-1905) fue su compañera desde la infancia. Contrajo matrimonio en 1900 con el doctor Manuel Gallegos, fijando su residencia en México D.F. Dice de ella: *Después de que enviudé, nunca iba a su casa sin que me llenara de favores*. Conchita sintió profundamente su muerte el 25 de octubre de 1905. La ayudó a bien morir, la vistió, la puso en la caja y la acompañó al cementerio.

Carlota y Constantino vivieron poco tiempo. Carlota murió a los tres años y Constantino vivió unos pocos días

Francisco (1873-1949) tenía 11 años, cuando Conchita se casó. Vivió siempre en San Luis y tuvo gran estima de su hermana, asistiendo a su muerte en 1937.

SUS HIJOS

A sus hijos siempre los educó en el amor de Dios y les decía frecuentemente: *Primero muertos que ofenderlo, primero muertos que impuros*. Por eso, su hijo Ignacio pudo decir de ella: *Madre como ella no he conocido ninguna* ⁴⁸.

El año 1893 fue un año de sufrimientos para ella. Uno de los principales fue la muerte de su hijo Carlitos el 10 de marzo de 1893. Tenía seis años, *pero era un ángel, era muy vivo, inteligente y precoz. Murió de tifoidea. Ella sólo repetía: “Señor, hágase tu voluntad”*.

Dice: *Por fin le cerré sus ojos, lo vestí de jesuita y le puse su azucena y, después de rezarle y besarle mil veces, me costó un supremo esfuerzo arrancarme de su lado, pero lo hice a la primera palabra de la obediencia* ⁴⁹.

A los pocos días, estando Conchita en la iglesia de San Juan de Dios, de repente, se iluminó el altar donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento y vio a Carlitos, adorándolo entre una multitud de ángeles ⁵⁰.

El día 7 de abril de 1903, a estas penas interiores se agregó la de la trágica muerte del último de sus hijos, Pedrito, de cuatro años de edad, a quien su esposo, al morir, se lo había encargado de manera especial. Ese día, Martes Santo, estaba Conchita cosiendo en su pieza y Pedrito a su lado sentado en una silla, mientras sus otros hijos jugaban en el jardín. El niño mostró deseos de ir a divertirse con sus hermanitos y Conchita lo bajó de la silla y lo dejó ir, quedándose ella sola en su pieza. Minutos después oyó repentinamente una voz que le dijo: “Pedrito está en la fuente”. Sintió que la sangre se le helaba y al instante corrió, voló gritando: “Pedrito está en la fuente”. Los chicos corrieron a encontrarla gritando: “Sí, mamá, aquí está”. Al llegar a la fuente, Conchita “vio oscuro y unos instantes no supo lo que le pasaba”. Lo cogió en sus brazos, empapado, helado y ¡muerto! Se sintió como loca. Hizo cuanto pudo para volverlo a la vida, pero su corazón ya no latía, no tenía pulso, y sus ojos, dilatados y sin vida. Entonces comprendió que “era cadáver”, y con el alma desgarrada ofreció al Señor su dolor y también a su hijo muerto, que aún tenía entre sus brazos. Vinieron un médico y un practicante, pero todas las luchas fueron en vano. Se presentaron también de la Comisaría a tomar declaraciones, que ella apenas podía dar, y levantaron el acta. Se lo quisieron llevar al hospital para hacerle la autopsia, pero a fuerza de influencias se lo dejaron. Luego lo

⁴⁸ Sum Ap, p. 570.

⁴⁹ Vida I, 223-224.

⁵⁰ Vida I, 133-134.

vistió de ángel y lo tendió entre flores, y puso su frente, que ardía, sobre la frente helada de su hijo, y una vez más con el alma despedazada, se lo ofreció a nuestro Señor. Escribió a su mamá y al P. Félix comunicándoles lo que le había pasado, pero ninguno de los dos pudo ir luego a acompañarla en su honda pena.

Y pronto la asaltaron los remordimientos. Pensó si había sido descuido de su parte. Pero más que la muerte de su hijito sentía una herida espantosa en el alma, pensando que tal vez otro de sus mismos hijos, jugando, había empujado a Pedrito al agua, y que “uno de sus hijos era un fratricida” y con esto había ofendido a nuestro Señor. “Esto, escribe ella misma, fue el dolor de los dolores en este día tan terrible”. La sierva de Dios recordaba que había mandado tapar la fuente, y no supo quién la volvió a destapar. Le dijeron que el niño había cogido un trastecito y había dicho que iba a sacar agua para las palomas. Tal vez entonces se fue de cabeza a la pila, pues tenía la señal de la llave del fondo en la frente. Pero nada la podía consolar ni tranquilizar. En esa incertidumbre estuvo cuatro horas, hasta que el padre Dauvergne, jesuita, que fue el primero que llegó, calmó su agitada conciencia. “Yo, dice, me sentía enloquecer, pero resignada con la puñalada de Jesús”.

Luego que lo tendió entre flores, se fue a los pies del crucifijo grande que tenía, y ahí, llenando sus pies de lágrimas, una vez más le ofreció el sacrificio de su hijo, y le pidió que se cumpliera en ella la voluntad de Dios. Esa noche la pasó en vela frente al cadáver de Pedrito. En ratos se recostó en el suelo. A las 12 de la noche lo colocó en el cajón, y al tomarlo en sus brazos, estaba rígido. “Esto le hizo mucha impresión”. Al día siguiente, Miércoles Santo, fue a oír misa al Oasis. Aquí, uniendo su dolor al del Sagrado Corazón, lo ofreció por la salvación de las almas, por la santificación de los sacerdotes y por el progreso de las Obras de la Cruz. Luego volvió al lado del cadáver. Mientras se lo llevaban a enterrar, rezó muchos Magnificat y ofreció al Señor hacer esfuerzos para no llorar y sonreír con el alma traspasada. A las 3 de la tarde de ese Miércoles Santo llegaron los que debían llevarse el cadáver. “Sentí la muerte, escribe Conchita, pero me arrodillé y recé el Te Deum, dándole gracias al Señor por todo”. El padre Félix le hizo el grandísimo favor de ir con sus hijos al panteón del Tepeyac y bendecir el sepulcro. Después el siervo de Dios regresó a la casa de Conchita, “le habló al alma, sosteniendo su fe y su sacrificio”.

A veces Conchita se preguntaba quién habría sido el que le dijo que Pedrito estaba en la fuente, si sería el ángel de su guarda o Jesús. “No lo sé, se responde ella misma; pero, agrega, sólo una madre me puede comprender”⁵¹.

⁵¹ Padilla II, pp. 313-314.

Al día siguiente, salió en los periódicos con unos encabezamientos grandes: *Madres desnaturalizadas por descuido dejan morir a sus hijos*, refiriéndose a ella. Le dijeron: *¿Por qué no pusiste una protesta en el periódico, que no había sido descuido?* Y contestó: *“No, para qué la ponía si Dios así lo permitió y para qué me disculpaba”*. *Fijense en el ejemplo que nos da Jesús... callaba. Yo callo también ante esto que dicen de mí, pero tú sabes, Señor, que no fue un descuido mío*⁵².

Su hijo Pablo, que siempre fue muy enfermizo, murió el 27 de junio de 1913 de tifo y ella escribe: *Llegué a ayudarlo a bien morir, a decirle jaculatorias y con el padre absolviéndolo... Sus hermanos de los dos lados de la cabecera, lo vi agonizar, expirar y acto continuo, besándolo en la frente, me puse a rezar recio la estación de difuntos, luego lo amortajé... Pocas gentes por el miedo al tifo interrumpieron mi soledad*⁵³.

Cuando su hija Concepción iba a entrar de religiosa en la Congregación de religiosas de la Cruz, la llevó el día anterior ante el retrato de su papá y le dijo: *Te voy a dar la bendición en nombre de tu papá y mío*⁵⁴.

El día de la toma de hábito de su hija Concepción, Conchita le escribió a su hija: *Ya no es mi hija, Concha Armida, sino novicia del Oasis, Teresa de María Inmaculada, de ella, de ella y no mía. Ha cambiado de madre y ¡qué cambio! Sé pues su dueña, Virgen pura, sé su madre para siempre, sé su dicha y después de Dios, sé su todo; hoy te la entrego para siempre*⁵⁵.

Teresa de María Inmaculada no tuvo buena salud. El clima de Monterrey donde vivía no le iba bien y escupía sangre. Fue trasladada a México en diciembre de 1925. Conchita pudo permanecer al lado de su hija. Hubiera deseado un mejor tratamiento médico para su hija, pero la Superiora no lo juzgaba oportuno y ella supo guardar silencio y obedecer sin imponerse. Su hija murió el 19 de diciembre de 1925 a los 35 años.

Manuel se hizo jesuita, aunque ella hubiera preferido que hubiera sido sacerdote de la Cruz, de los misioneros del Espíritu Santo. Ella siempre lo alentó en su vocación y mantuvo con él una abundante correspondencia epistolar. En 1920 Manuel escribió a su madre para comunicarle la decisión, que había tomado con sus superiores, de no regresar nunca a México. Ella aceptó su decisión y lo felicitó por el sacrificio que hacía. Una vez fue a visitarlo a España, cuando fue de viaje a Roma a visitar al Santo Padre.

⁵² Sum Ap, pp. 488-489.

⁵³ CC 38, 360-362.

⁵⁴ Sum Ap, p. 180.

⁵⁵ CC 31, 123-125.

El 2 de agosto de 1908 se casó su hijo mayor Francisco con Elisa Baz. Ella fue la madrina. La víspera de la boda le escribió una carta a su hijo Francisco. Le decía: *Hijito mío muy querido, no una bendición sino miles te quisiera dar mi cariño en este día, envolviendo en ellas todas las gracias del cielo. Tengo por favor de Dios una dicha que pocas madres podrán contar: la de llevarte al altar, la de entregarte integralmente a la excelente esposa que la santísima Virgen te ha dado. Esto hará sonreír desde el cielo a tu amado padre... Has sido un buen hijo. Espero que serás un esposo cristiano y noble como lo fue tu padre...*

*Conserva siempre tu fe... Domina a tu esposa con dulzura, prefiriendo el convencimiento y la razón a la fuerza y autoridad que resfrían; y piensa que en el matrimonio es muy peligroso apagar la llama del amor, del respeto y de la estimación. No llesves con frecuencia amigos a la casa, pero tampoco seas celoso... Con la familia de tu esposa nunca uses de familiaridad. Una estima sincera, digna y siempre igual, evitando disgustos, aunque tengas que sacrificar. No tengas nunca para Elisa palabras duras, menos ofensivas. Cuando estés violento, calla en los primeros impulsos y nunca te arrepentirás*⁵⁶.

Conchita se enteró de que su hijo le había insinuado a su esposa que, por un acto de la virtud de la continencia, espaciaran sus relaciones y ella le escribe: *“Sigue tan caballero y sobre todo tan piadoso como ahora con la comunión diaria. Tengo una espina en el corazón, ya me comprendes, que cumplas tus deberes con tu esposa que se queja de eso y que le hace falta, que Dios te dé hijos. Él lo sabrá y te dará con qué mantenerlos. Te encargo mucho esto. Hay por vergüenza, por despecho o por alguna otra causa, el consentimiento de tu mujer, pero no siendo sincero, es pecado el que tú no cumplas con ella. ¡Dios te lo premiará!*

Otra vez le insiste: *Sufro por lo distanciados que están ustedes en la intimidad de su matrimonio y ella busca cariño que interiormente le falta en ti. Cumple con tus deberes, que es pecado no hacerlo. Lo es, aunque ella misma desista o convenga, pero forzada o por la vergüenza o por el despecho*⁵⁷.

Ignacio vivió toda la vida prácticamente con su madre. Se casó el 8 de julio de 1919 con Isabel Morán. Chabela, como la llamaban, fue para Conchita un consuelo y un modelo de nueras y la atendió en sus últimos momentos de vida. Ella decía: *Es el hijo que más se parece a su papá*⁵⁸.

⁵⁶ Additamentum 29, p. 34.

⁵⁷ Sum Ap, p. 29.

⁵⁸ Additamentum 28, p. 33.

Su hija Guadalupe se casó con Carlos Lafarga el 15 de marzo de 1924. Ella le escribió el día de su boda: *En la mayor parte de los matrimonios desgraciados, tiene la culpa la mujer. Al tocar la mujer el umbral del matrimonio, debe dejarse a sí misma con su amor propio, sus sensibilidades y egoísmo, debe transformarse en abnegación. Las nubes del matrimonio las disipa el tino, la prudencia y el amor en una muerte propia preciosa... El matrimonio es una cruz tan grande que sólo entre dos se puede cargar. El día que uno la suelta, el otro necesita del poderoso auxilio divino para soportarlo y no hay que buscarla en otra parte*⁵⁹.

Salvador fue el último. Se casó con Amada Gutiérrez el 24 de septiembre de 1929. Amada fue una buena esposa para él y lo supo encarrilar, pues de soltero mucho de dedicaba a los amigos y llegaba tarde por la noche con mucha frecuencia.

Al terminar la boda, le escribió: *Todo ha concluido para mí. Nueve hijos me dio Dios y nueve me quitó: ¡Bendito sea! Religiosos, muertos y casados, todos, uno a uno, arrancados del corazón maternal. Diez camas he quitado con la de mi marido y ya estoy sola. Pero no, lo tengo a Él, ni se muere, ni se va, ni me dejará jamás*⁶⁰.

ORACIÓN

En cuanto a su oración afirma: *Sentía gran inclinación a la oración, porque en mis penas de niña me encantaba esconderme a platicar con los ángeles, refiriéndoles lo que me apenaba y pidiéndoles ayuda para otros y para mí. Yo sentía en esto, en invocar a la santísima Virgen, mucho consuelo y plena seguridad de ser escuchada... A veces, por los caminos me iba saboreando con decir palabra por palabra las oraciones o plegarias al Santísimo Sacramento o a la santísima Virgen, que me aprendía de memoria... El campo, los pájaros, la naturaleza y aquella paz y aquellas puestas de sol, siempre me llevaban el alma a Dios desde muy niña. Me deleitaba la soledad de los bosques... A mí la naturaleza, como la música, siempre me ha llevado a Dios. Yo presentía dentro de mí casi sin conocerte, Señor, tu presencia, tu hermosura, tu poder y tu bondad*⁶¹.

⁵⁹ Cartas familiares 1, pp. 39-41.

⁶⁰ CC 53, 316-318.

⁶¹ Vida I, pp. 10-11,17,60,99-100.

Hay momentos en que siento que mi alma vuela a Dios, se pierde en la inmensidad de Dios, dentro del mismo Dios; y otros siento que Él entra en mí y, no digo que se pierde en mí, pero que sin reducirse me penetra y se extiende y como que se sale por los poros ⁶².

En medio de las ocupaciones ordinarias, o comiendo, o en la calle y en dondequiera, viene a mí un sentimiento que me levanta el espíritu y causa un efecto suave, tranquilo, dulce, quietísimo, como muy quedito, diré, y envuelve esto el alma; es como un perfume delicado que penetra; es como una nube luminosa que envuelve..., ese algo que no es del mundo, que se siente por fuera y también por dentro, esto es lo que se llama “presencia de Dios”.

Estos ratos son largos, y cuando vienen, el alma se pone sola, sin que nadie se lo aconseje, en adoración profunda... No puedo decir que se detiene la vida, pero sí, como el aliento a ratos, y que todo el interior queda suspendido. Esto embriaga, esto es divino, esto no se puede escribir... Sé que corro y que vuelo, y en este torbellino me siento afianzada en Jesús ⁶³.

Es cierto que tengo horas fijas para hacer oración, pero ahora, por esta época que voy cruzando, me basta sólo oír la palabra de Dios, o pronunciarla, y sentir que se marcha el alma, que se aprieta con aquella inmensidad... que se esconde en su Jesús... que vuela, que se lanza, sin que haya poder humano que la detenga ⁶⁴.

Me pasa con mucha frecuencia una cosa: Apenas me pongo en actitud de meditar o pensar en mi Jesús, me llena de un recogimiento que no es mío, aun cuando lo procurara, y siento fuego en mi interior, y me va saliendo a la cara una cosa como bochorno que me enciende y el corazón late apresuradamente. A veces, puedo pasar, diré, sobre este efecto o sentimiento y seguir mi oración; otras no puedo y aguardo a que baje un poco la temperatura de este termómetro divino ⁶⁵.

El año 1894 el Señor no me dejaba ni de día ni de noche, con una persecución amorosa, con una invasión divina. A la manera de un novio, que pretende a una para casarse, así Jesús, ¡qué vergüenza! pretendía a esta tarántula del infierno, sin dejarle reposo. ¡Pero qué amores, qué ternuras, qué requiebros, qué primavera, Dios mío! me presentó entonces el Señor, ¡cómo me ganó la voluntad enamorándome hasta la locura de Él, pero crucificado!

⁶² CC 2, 100-101.

⁶³ CC 2, 104-105, texto 285.

⁶⁴ CC 2, 109, texto 286.

⁶⁵ CC 4, 206-208.

¡Con qué manera comenzó a hablarme de la Cruz! ¡Con qué delicadeza me insinuaba los encantos del padecer! ¡Cómo abría ante mi vista un camino sembrado de sacrificios, de cruces y espinas de todas clases, convidándome a recorrerlo a su lado! ¡Cómo me enseñó a renunciar a las vanidades de la tierra! ¡Con qué paciencia descendió hasta lo más menudo en mi vida ordinaria, quitándome el polvo de habas que me ponía en la cara; los aromas, el peinado menos sencillo, los adornos que antes creía no serlos, las mil pequeñeces mujeriles en las que estaba envuelta! ¡Cómo me inició en la práctica de las virtudes, sobre todo ocultas que tanto le encantan! ¡Cómo, con su ayuda, suavizó mi carácter, me enseñó a sufrir en silencio, penas, contrariedades, dolores, enfermedades, y tantas y tantas cosas que tiene una esposa y una madre! ¡Dios mío! ¡Con qué paciencia, con qué desvelos estaba siempre a mi lado, pendiente de mi interior, siempre dándome el ¡alerta! en cuanto me desmedía!...

Olvídate de ti, me decía, no te busques, no te encuentres. Haz las cosas buenas como si no las hicieras, sin pensar siquiera en ellas después de ejecutadas. Complácete sólo en Mí y pisa la tierra y a ti que lo eres; que tu misma pequeñez y miseria te sirvan de escalón para subir a Mí. Písate siempre, y no pienses sino en agradarme...

Deja, toma, calla, sacrifica, véncete, no te detengas en esa propia complacencia, aquí hay respeto humano, en esto tienes soberbia, ahora te buscas a ti, despréciate, desdórate, humíllate, baja, no te tengas lástima, ¡arriba!, ¡sube!, escóndete, mortifícate, ten paciencia, domínate, etc. Así me decía el Señor con prisa de hacerme adelantar, decía que para sus fines en mi pobre alma.

Y sí, avancé con semejante Director, ¡que ni un instante me dejaba sola! ¡Oh mi Jesús! ¿Y con qué pagar tus favores? “Muere” me dijo un día, y yo, tan materialota, una noche me tendí, y ahí, le ofrecí concluir con el mundo y resucitar a otra vida en Él⁶⁶.

⁶⁶ Vida I, 226-234, texto 259.

EL DEMONIO

Al igual que a muchos otros santos, Dios permitió que el demonio la tentara frecuentemente para que pudiera sentir su malicia, al igual que la malicia del pecado que nos pone en sus manos. Pero también para que pudiera ofrecer esos sufrimientos por la salvación de las almas.

En sus escritos *Apuntes espirituales* y en otro llamado *Cosas mías* narra cómo en ocasiones era atacada por el demonio que la golpeaba, la quería ahorcar, le decía malas palabras y sentía malos olores ⁶⁷.

Asegura Guadalupe Labarthe: *Los hijos de Conchita, Lupe y Salvador, tuvieron una experiencia con el demonio, estaban jugando en el zaguán de su casa, el lugar más cercano a la puerta y de repente oyeron un ruido y un olor espantoso y sintieron mucho miedo. Corrieron donde su mamá y su mamá los trató de tranquilizar y de no darle demasiada importancia a la cosa, pero ellos sintieron como una presencia diabólica. Lupe tenía siete años y Salvador tendría nueve* ⁶⁸.

El diablo no la dejaba tranquila. Dice: *El diablo me sacudió bastante. Me decía que era más soberbia que él, que no escribiera y que rompiera los papeles* ⁶⁹.

Me hace sentir el demonio que voy a ser su presa, viva de la manera que viva, porque esa es mi predestinación ⁷⁰.

Y añade: *El demonio no dormía, me tendió muchos lazos que palpablemente el Señor cortó; me puso en peligros terribles y multiplicados que hasta ahora no entiendo, y Jesús, mi buen Jesús, los deshizo por su bondad. ¡De cuánta magnitud fueron! ¡Cuánto mi buen ángel de la pureza, debe haber velado por mí! Porque yo, puedo decir, que vendada de los ojos he recorrido el camino de mi vida, que he andado entre la lumbre sin quemarme.*

Una parienta que frecuentaba la casa, me hizo mucho daño, digo, en el sentido de conversaciones y consejos nada buenos, pero, ¡oh maravilla y misericordia de Dios! Una esponja divina, en el acto borraba de mi mente todo eso, como de una pizarra, al grado de que, aun haciendo esfuerzo por recordarlo, me era imposible. Dios patentemente guardaba mi alma, y su bendita mano obstruía y derrumbaba todo estorbo de mi camino; y por más que el

⁶⁷ Sum Ap, p. 258.

⁶⁸ Ibidem.

⁶⁹ CC 5, 87-88.

⁷⁰ CC 7, 10-12.

infierno rugía y me tendía lazos y cadenas, el Señor me libraba, sin yo entenderlo muchas veces, ni agradecerlo.

¡Oh, y qué modesto ha sido el Señor en sus favores para conmigo! Le debo también la incomparable gracia de que siempre me chocaba y repugnaba lo menos recto. Sufría yo mucho con algo que viera torcido, oculto, misterioso, de mentira o engaño ⁷¹.

EL MONOGRAMA DE CRISTO

A fines de 1893, Conchita expuso a su director espiritual *el hambre que tenía de ser más de Jesús* y le dijo *que como ella era tan material, quería que le permitiera grabarse en el pecho un monograma que dijera “JESÚS”*. El padre, muy prudentemente, le negó el permiso varias veces, pero Conchita seguía insistiendo. Por fin el padre Mir condescendió y convinieron que lo haría en la fiesta del Dulce Nombre de Jesús, que en aquella sazón y aquel mismo año caía el día 14 de enero 1894. A las diez de la mañana de ese día Conchita se encerró con llave en un cuarto apartado, (el baño) en su casa (esquina de calles Álvaro Obregón y Escobedo), e inundada de gozo principió lo que tanto deseaba. *Primero ante un espejo, se grabó las letras J H S con una navaja aguda, “temblando de emoción”*. Cuando terminó, *sintió como si una fuerza sobrenatural la arrojara al suelo y con la frente en la tierra, las lágrimas en los ojos y el fuego en el corazón, pidió al Señor, quién sabe por cuánto tiempo, con vehemencia, con celo devorador, la salvación de las almas. Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos, repetía*. Después de un rato se levantó, tomó la pluma y *con la sangre de la herida escribió un papel pidiendo lo mismo y otras cosas más*. Luego, *tomó un fierro candente (un rizador de pelo) y lo pasó varias veces sobre las letras y la Cruz (dibujada sobre la H), hasta que se tostaron y se grabaron bien*. Luego que terminó, se aplicó agua florida en el cuerpo ⁷².

El 23 de enero de 1894 hizo su entrega total a Jesús. Fue temprano a la iglesia de la Compañía a oír misa y comulgar y hacer su entrega total. Entre otras cosas dijo a Jesús: *Yo, Concepción, aniquilada ante tu divina presencia y deseosa de complacerte en todo, hago una completa entrega de todo mi ser a tu divina Majestad. Quiero ser tuya y pasaré por todo lo que tú quieras. Soy ya toda tuya, muerta para todo lo que no seas tú, Jesús mío. Te doy mi voluntad para siempre. Dispón, Jesús mío, a tu placer, que es mi placer. Admito la desolación, el desamparo, el martirio interno, oculto. Quiero imitar tus luchas internas del Huerto, aunque me cueste el derramamiento de mi sangre.*

⁷¹ Vida I, 30-32, texto 13.

⁷² CC 7, 30-35.

A este día 23 de enero de 1894 lo llama ella el día de sus desposorios. Hizo su entrega total ante los testigos: Virgen María, san José, san Ignacio, santa Teresa, san Francisco de Asís, san Francisco de Paula, san Miguel arcángel y los ángeles custodios.

El 9 de febrero de 1897 recibió la gracia del matrimonio espiritual. Ella escribe: *Me dijo Jesús “¡levántate!”*. *Aquí está el Padre y el Espíritu Santo. Han venido porque quiero presentarles a tu alma como mi prometida* ⁷³.

El matrimonio espiritual es una transformación total en el Amado en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra con cierta consumación de unión de amor. San Juan de la Cruz afirma: *El alma es hecha “divina” y Dios por participación cuanto se puede en esta vida. Son dos naturalezas en un espíritu y amor.*

A lo largo de su vida hizo varias entregas concretas de cosas que le pedía el Señor. Ella dice: *Me fue pidiendo las cosas exteriores y concluyó por pedirme mi tiempo, mis pensamientos, mis cariños, mis horas, mi sueño, mi eternidad, mi madre, mis hijos* ⁷⁴.

A fines de enero o principios de febrero de 1894 vio la cruz del apostolado. Una cruz grande en medio de rayos de luz con un corazón en el centro, corazón vivo, palpitante, glorioso, rodeado de espinas que lo punzaban, atravesado por una lanza, con una pequeña cruz que lo corona, cubriéndolo todo una paloma blanca con las alas abiertas. Era como la revelación del valor salvífico del sufrimiento, cuando está unido al amor del Corazón de Jesús.

En 1894 el padre Mir, jesuita, hizo voto de dirigir a Conchita hasta su muerte y le sugirió a ella que hiciera el voto de no cambiar nunca de director espiritual y dirigirse siempre con él.

⁷³ CC 9, 16-20.

⁷⁴ Additamentum 65, p. 74.

MUERTE DE SU ESPOSO

En su última enfermedad de tifo, ella estuvo a su lado de día y de noche y se preocupó de que recibiera los auxilios espirituales. Nos dice: *Me dolía ver a mi marido, de quien jamás tuve queja, sino atenciones, cariño y gran respeto, sufrir y acercarse a la muerte... ¡Veía a mis hijos sin padre, y tan pequeños! Los días de su gravedad estuve de día y de noche haciendo cuanto pude por su alma, sin separarme más que unos instantes para ir a comulgar. Entendía que el Señor me pedía el sacrificio de la vida de mi marido. El espíritu estaba pronto, pero el corazón de carne luchaba y se resistía. Veía, palpaba por momentos que perdía la vida mi marido y cómo fue modelo de esposos, de padres y de caballeros, cómo tan fino y delicado había sido conmigo, tan respetuoso en sus actos, tan cristiano en sus pensamientos, tan honrado y cumplido en todas sus obras. Mi corazón se despedazaba de pena y a la vez que sentía más próxima su separación, crecía, se agigantaba el cariño en mi corazón. Murió con todos los auxilios de nuestra religión y en una grande y admirable conformidad con la voluntad de Dios*⁷⁵.

La antevíspera de su muerte oyó ella en el fondo de su corazón que Jesús le decía: *“O él o yo, escoge”... Mi corazón de tierra se revolvía y le contestaba: “Los dos Señor, quiero a los dos”... Por fin la gracia triunfó y le dije: “Tú, Señor, a Ti prefiere mi alma, lo que Tú quieras, ten solo misericordia de mí”. Sentí que aquella daga me atravesó, pero al traspasarme vino a mi espíritu una fuerza desconocida y sobrenatural*⁷⁶.

Desde ese momento no se separó de él ni un momento. Llevó al sacerdote para que lo confesara, le diera la unción de los enfermos y el Viático, y para que le impusiera el hábito de San Francisco. Hizo que su esposo bendijera a cada uno de sus hijos y ella también pidió que la bendijera y la perdonara, si en algo le hubiera fallado.

El esposo le decía: *Estoy indiferente a vivir o a morir. Dios sabe lo que hace.* Ella le preguntó: *¿Qué quieres de mí?* Y él respondió: *Que seas toda de Dios y toda para tus hijos*⁷⁷.

En el momento de su muerte, escribe Conchita: *Cuatro de mis hijos, los mayorcitos, rodeaban su cama hasta verlo morir. Impuse silencio en momentos tan solemnes y dos sacerdotes lo absolvieron. En seguida recé la estación de*

⁷⁵ CC 17, 213-218; 45, 267.

⁷⁶ CC 17, 216-217.

⁷⁷ Vida I, 4, 59.

*difuntos... Luego, inmediatamente, allí de rodillas, ofrecí al Señor con todo mi corazón la perpetua castidad y pureza, si es que de algo podía valer*⁷⁸.

Su esposo Francisco Armida murió de tifo a los 42 años en la ciudad de México el 17 de septiembre de 1901. Después de 17 años de casada, ella quedó viuda, contando solamente 39 años y teniendo ocho hijos pequeños, pues uno había muerto antes que su padre.

Ella, ayudada por su hijo mayor, amortajó el cadáver y con sus tres hijos mayores lo veló durante toda la noche, pues la gente tenía horror al contagio del tifo de que había muerto.

Muerto el papá, la situación económica se volvió un problema. Felizmente el hijo mayor de 16 años comenzó a trabajar. Además su hermano Octaviano, ayudó a Conchita económicamente. Otra pequeña fuente de ingresos fue la venta de los libros de piedad que ella había escrito.

Una de las cosas que más le hacían sufrir a Conchita era el pensamiento de que su esposo estuviera sufriendo en el purgatorio. A los pocos días de su muerte un alma amada del Señor fue a decirle que, cuando estaba en oración, el Señor le hizo ver el alma de su esposo como un globo de fuego y sintió, sin dudar, que a esa hora volaba al cielo. Al día siguiente después de comulgar, ella misma dice: *Vi un fuego, un punto clarísimo y brillante de luz que luego desapareció. Sentí certeza de que aquella era el alma de mi marido glorificada o una cosa que el Señor permitía para que tal cosa entendiera. Mi júbilo subió de pronto. Apenas podía disimular mi alegría*⁷⁹.

Al mes, el 15 de octubre, fiesta de santa Teresa de Jesús, pidió a la santa que, *si era voluntad de Dios, le hiciera saber de alguna manera si su esposo estaba ya en el cielo. “Por la noche lo soñé que me dijo tres veces que estaba en el cielo. ¿Y cómo es el cielo? le pregunté. El cielo es, me dijo, muy contento, el inmenso seno de Dios. No los olvido ante su trono”*⁸⁰.

Llevaba una vida de viuda muy modesta, se vestía de la ropa y zapatos que le regalaban, no le gustaba comprarse ropa para ella. No usaba perfumes, ni joyas, ni collares. Nunca iba escotada, ni con los brazos fuera, ni con las piernas fuera. Usaba ropa larga y en todo mostraba su pureza y castidad.

⁷⁸ CC 17, 219-220.

⁷⁹ CC 17, 224-227.

⁸⁰ CC 17, 252.

LAS OBRAS DE LA CRUZ

Jesús le inspiró varias Obras. Las tres primeras obras de la Cruz (Apostolado de la Cruz, religiosas de la Cruz y Alianza de amor) se establecieron cuando todavía había en México una relativa paz porfiriana. Las otras dos Obras (Liga apostólica y misioneros del Espíritu Santo) se fundaron en plena persecución religiosa en México.

El Apostolado de la Cruz fue aprobado por el Papa León XIII. Monseñor Ibarra fue a Roma a explicarle al Santo Padre el gran bien que producía este apostolado. Con el Breve *Cum sicut accepimus*, del 28 de enero de 1896, este apostolado fue enriquecido con indulgencias y fue elevado a archicofradía con el Breve *Cum antiquius* del 25 de marzo de 1898.

Dios derramó muchas bendiciones y hasta hizo muchos milagros por medio del apostolado de la Cruz. Guadalupe Labarthe certifica: *Hay varios testimonios sobre milagros de la Cruz del apostolado que se plantó en la hacienda de Jesús María el 3 de mayo de 1894... Anualmente hay una peregrinación muy importante que se realiza desde San Luis Potosí*⁸¹.

El 24 de octubre de 1909 Conchita tuvo la inspiración de una obra para laicos, que desearan vivir en perfección el espíritu de la Cruz, santificándose en su estado de vida en medio del mundo. El arzobispo de Puebla, Mons. Ibarra, la aprobó en su arquidiócesis como Pía Unión y la inauguró el 8 de noviembre de 1909 con el nombre de *Alianza de amor* con el santísimo Corazón de Jesús.

La Liga apostólica le fue inspirada el 9 de enero de 1912. Se dirige a la jerarquía: obispos y sacerdotes que quieran santificarse en el ejercicio de su ministerio con la espiritualidad de la Cruz. A fines de 1961 se elaboraron planes para hacerla resurgir y el 12 de enero de 1962 el nuevo arzobispo de Puebla, Octaviano Márquez, aceptó ser el Director de la misma.

El 17 de noviembre de 1935, estando de Ejercicios Espirituales en Morelia bajo la guía de su director espiritual Monseñor Luis María Martínez, obispo auxiliar de esa arquidiócesis, el Señor le inspiró la Obra *Cruzada de almas víctimas* en favor de los hogares para la gloria del Padre. Su objeto y fin último es la gloria del Padre y expiar los pecados cometidos en los matrimonios como los adulterios, divorcios, malos ejemplos a los hijos, etc. No es una nueva Congregación religiosa, sino una unión de almas sin interés personal alguno, víctimas en medio del mundo, cumpliendo sus deberes fielmente. Por tratarse del fin que se pretende, la mayor parte de las personas que componen esta Cruzada

⁸¹ Sum Ap, p. 256.

serán personas casadas o viudas. El 8 de noviembre de 1935, el arzobispo de Morelia y el delegado apostólico aprobaron la Cruzada de víctimas.

Todas sus Obras tienen un carácter sacerdotal y trinitario. Y su última meta es el reinado del Espíritu Santo, que es el reinado del amor.

EL PADRE MIR

El padre Alberto Mir, jesuita español, había sido enviado a terminar sus estudios a México, donde desarrolló su ministerio sacerdotal. Estaba bien formado, especialmente para la predicación y dirección espiritual. Sin embargo, era conflictivo. En la misma Compañía de Jesús tuvo problemas serios y lo mismo con algunos obispos como los de Morelia y Saltillo. Fue el primer director espiritual de Conchita desde 1893 a 1903. Le hizo mucho bien, pero la llevó por caminos estrechos como el de hacer voto de dirigirse siempre con él y no decir a nadie más las cosas de su espíritu.

Ella escribe: *Mi director, acabando casi de enviudar yo, y sin volverlo a ver, lo destinaron a Oaxaca. Partió, y desde allá me sigue dirigiendo. No se hace la menor cosa ahí sin su voluntad. No sé qué noto hace tiempo de tirante ahí... Voy ahí como persona extraña en realidad, pues en apariencia parece que se me tiene confianza. Yo no la merezco ni la pretendo, porque mi papel está lejos de ahí; pero me duele atrocemente no sé qué que entreveo de tirantez, de ocultamiento, de algo que me lastima el alma. En las luchas que he tenido, de ciertas cosas que me parecen no ser rectas, con mi director, ha llegado hasta correrme del Oasis. Tiene razón. Mucho he sufrido. ¿Pero cuál ha sido siempre en estos casos mi papel? Pedirle perdón, llorar, humillarme, besarle los pies y seguir adelante. Mil veces me he dicho: “¡Qué pesado es el voto de obediencia!, porque lo tenía con él”; pero me replicaba yo misma: “Entonces, ¿cómo tener mérito, si se ejercita en contraposición a nuestros querer y voluntades?”. Y ciertamente cada día más siento mi espíritu en contraposición con mi director. Yo sufro mucho, y para desahogarme le escribo cartas a nuestro Señor vaciándome con Él. Una de las cosas que tengo prohibido es abrir mi alma a otro, en absoluto. Tengo, de parte del Señor, que decir muchas cosas al padre Carrera, y mi director se disgusta. Tal vez verá en ello algún peligro para mi alma. Y en estos momentos en que él está lejos, y en que mi vida espiritual continúa tan llena de cosas, no puedo abrirme con este buen padre Carrera, que es un santo, que ha bebido el espíritu de la Obra, que me comprende, pero que a medias, a mucho menos, tengo que abrirle mi alma en la confesión. Pecados, claro que sí se los digo; pero tengo muchas restricciones, y a cada paso me parece que falto a la obediencia.*

*Me viene a confesar cada ocho días. Quisiera hablarle, desahogarme, abrirme, pero lo tengo prohibido, y mi director no quiere ni que lo miente con él, ni con la Compañía, ni con nadie. Tengo, repito, expresa prohibición. Yo ya le he escrito que sufro mucho, que me siento a veces desesperada, como dentro de un círculo de hierro; pero él me alienta a sufrir, y sufro en mi situación sin salida, abandonándome y llorando mil veces en brazos del Señor. Sufro mucho también con esa dirección actual clandestina. Me asegura mi director que no desobedece; que contestándome con números al principio, y consejos o contestaciones, no es esto cartas, y puede hacerlo. Yo no estoy, sin embargo, tranquila. Cada vez sube más de punto mi congoja, mi inquietud. Me parece faltar, hacerle un daño. En fin, no sé qué hacerme*⁸².

Cuando el padre Mir conoció al padre Félix Rougier, creyó que era el director ideal para ella, al no poder atenderla él por encontrarse lejos. Le escribió: *Cien hombres como él pegarían fuego al mundo*. Pero cuando empezó a dirigirse con el padre Félix, el padre Mir cambió de opinión sobre ella y escribió: *Durante estos diez años (1893 a 1903) me parece que nunca llegó al verdadero éxtasis y mucho menos al matrimonio espiritual. Acerca de las locuciones, visiones y revelaciones, que fueron muchas, me parece que la mayor parte de ellas son o imaginativas o ilusiones diabólicas*⁸³.

En otra carta al mismo destinatario le dice: *Hablando en general se puede decir que sus escritos pueden atribuirse o a solas sus fuerzas naturales o a la intervención diabólica*.

Monseñor Ibarra apoyó con mucho entusiasmo al principio el Apostolado de la Cruz, que el padre Mir difundía por todas partes a través de charlas y predicaciones. Monseñor lo hizo suyo y lo estableció en todas las parroquias de la diócesis, recomendándolo a otros obispos mexicanos. Incluso consiguió del Papa León XIII que enriqueciera este apostolado con indulgencias y en 1898 consiguió que este apostolado fuera elevado al grado de archicofradía para toda la República mexicana. Así se iba extendiendo este apostolado con el celo incansable del padre Mir y de Monseñor Ibarra. Pero el entusiasmo de Monseñor Ibarra se enfrió al comprobar el modo de ser y obrar del padre Mir, quien no era del todo recto y obediente. Por ello tomó una actitud pasiva sin apoyar ni suprimir este apostolado en su diócesis. Este distanciamiento duró 9 años, pero ya cuando el padre Mir no tuvo ninguna injerencia en este apostolado, tal como se lo habían prohibido sus Superiores, tomó de nuevo una actitud positiva. Sin embargo, como algunos sacerdotes y obispos dudaban del buen espíritu de

⁸² Autobiografía 2.^a parte, pp. 353-359.

⁸³ Carta del padre Mir al delegado apostólico de México Monseñor José Ridolfi.

Conchita, Monseñor Ibarra decidió que fuera examinada por sacerdotes competentes.

EXAMINADORES DE SU ESPÍRITU

En varias ocasiones se pidió que se examinara el espíritu de Conchita. La primera serie de examinadores fue en noviembre de 1900, debido a la iniciativa del padre Alzola, provincial de los jesuitas. La segunda en febrero de 1903 hasta junio de 1904 por iniciativa del padre Félix Rougier. La tercera serie de examinadores en mayo y junio de 1909, debido a Monseñor Ibarra. La cuarta fue en 1909 y 1910 en que, para aprobar la fundación de los Religiosos de la Cruz, la Congregación de Religiosos pidió al delegado de México que fuera examinado el espíritu de Conchita.

La quinta serie de examinadores fue en 1910 y 1912 con el fin de poder estudiar más a fondo los escritos de Conchita. Para ello se enviaron a Roma 9 volúmenes manuscritos. Examinados por el padre Felipe Maroto le pareció dudoso el espíritu de Conchita. La sexta vez fue en 1913 y se encomendó el examen de sus escritos al padre Poulain, jesuita, y al obispo de Chiapas Mons. Masimino Ruiz. La séptima serie de examinadores fue de 1937 a 1990, después de la muerte de Conchita.

El padre Rougier comenzó a dirigirla en junio de 1903 hasta julio de 1904. Entonces tomó la dirección espiritual de Conchita el canónigo Emeterio Valverde, desde julio de 1904 hasta mediados de 1905, cuando tuvo que hacer un viaje a Europa.

Desde mediados de 1905 hasta mediados de 1912, su director espiritual fue el padre Maximino Ruiz. En este tiempo, el 25 de marzo de 1906, el Señor le regaló a Conchita la gracia de la Encarnación mística.

En 1912 Monseñor Ramón Ibarra, arzobispo de Puebla, se encargó de su dirección espiritual y la prolongó hasta el 1 de febrero de 1917.

Durante la dirección Monseñor Ibarra, el 25 de marzo de 1912, ella se ofreció coma víctima por la Iglesia. El Señor le dijo: *Tú naciste para servir a la Iglesia, ya no te perteneces. Olvídate de ti misma. Eres mi Iglesia. Pero todo esto no por lo que eres sino por tu unión con el Verbo, por mis méritos infinitos que tienes en tus manos al tenerme en tu corazón*⁸⁴. Otras veces le decía: *Tu misión es salvar almas.*

⁸⁴ CC 54.

Monseñor Ibarra la llevó a Roma para fuera juzgada personalmente por la Santa Sede. Y al morir Monseñor Ibarra en 1917, asumió de nuevo su dirección el canónigo Emeterio Valverde, desde 1917 a julio de 1925. En 1925 será el obispo Luis María Martínez quien asumirá esta responsabilidad desde el 10 de julio de 1925 hasta el 3 de marzo de 1937, día de su muerte.

RELIGIOSAS DE LA CRUZ

La fundación de las religiosas tuvo su origen en una visión de Conchita. Cuenta en su Autobiografía que *en los primeros días de febrero de 1894 se presentó a mi vista interior una inmensa procesión de religiosas... Iban en fila de dos en dos y tardaron mucho en acabar de pasar. Yo, azorada y sin comprender lo que era, me quedé impresionada y silenciosa, cuando de repente oí la voz de Jesús que me dijo: "Habrá una religión (Congregación) que se llamará Oasis, indicando el descanso de mi Corazón. Eso serán las religiosas que lo compongan* ⁸⁵.

Jesús quería que Conchita fuera no sólo el cimiento y la fundadora del Oasis, sino también la primera de las religiosas de la Cruz, al menos espiritualmente. Por eso quiso que recibiera el hábito antes que ninguna. El día escogido fue la fiesta del Nombre de Jesús, la misma en que hacía tres años se había grabado el monograma de Jesús. Ese año 1897 caía el 17 de enero. A ese día lo llama ella el *día más feliz de mi vida*. La víspera hizo retiro espiritual y el mismo día 17 dice: *Tomé temblando el hábito y, después de besarlo con amor y respeto en medio de una emoción jamás sentida, me lo vestí. Postrada le ofrecí al Señor jamás mancharlo, le ofrecí hacerme santa con su ayuda y le pedí su bendición y le supliqué que me concediera morir con él. Al pararme, otra impresión me esperaba. Me vi de cuerpo entero en el espejo y recordé cómo hacía años que en sueños me vi vestida de religiosa* ⁸⁶.

Desde entonces siempre que se ponía el hábito experimentaba algo especial. Escribe dos días después que lo tomó: *Siento, padre mío, una cosa muy singular espiritualmente, exteriorizada, diré, con el hábito. Siento su presencia, su contacto en mí, pero no hablo materialmente, sino que es, diré, un efecto de unción, de paz, al sentirme en él envuelta. Siento algo parecido a los efectos sensibles que experimenta mi alma al tomar el agua bendita. Al quitármelo por*

⁸⁵ Autobiografía II, 79.

⁸⁶ CC I, 455.

la noche, me siento como desvestida de no sé qué, y al vestirlo, mi corazón se dilata con un gozo santo, y entonces me siento verdaderamente vestida ⁸⁷.

El padre Mir había preparado algunas jóvenes para ser religiosas de la Cruz. *La ceremonia de fundación comenzó con la celebración del santo sacrificio de la misa celebrada por el padre Mir. Tuvo lugar en la pequeña iglesia cercana de Popotla... Participaron en la ceremonia desde luego las cuatro postulantes, la sierva de Dios, su marido y sus hijos y “muchos padrinos y madrinas”. De la iglesia todos se trasladaron al oratorio de la casa... Aquí la ceremonia empezó con el canto del “Veni Sancte”; siguió luego una plática del padre Mir, en la que explicó ligeramente los fines de las religiosas de la Cruz* ⁸⁸. El padre Mir escribió las Constituciones para el nuevo Instituto.

La Madre Paz García, capuchina, y la Madre Saturnina Jassá, teresiana, fueron enviadas para formar la primera comunidad y formar a las jóvenes asistentes. En esos primeros tiempos el padre Mir les enseñaba a divertirse en los recreos, a cultivar la huerta y les daba charlas de formación, pero tuvo disposiciones arbitrarias que lo hizo indisponerse con Monseñor Ibarra. A la Madre Paz García no le dio ningún cargo. A la Madre Saturnina, que llegó en diciembre de 1898, la nombró Superiora el 5 de mayo de 1899, pero la destituyó al poco tiempo y puso en su lugar a la Madre Ana Cabrera. Esta destitución disgustó mucho a Monseñor Ibarra y esto, junto con la no atención a los misioneros guadalupanos como había acordado, hizo que Monseñor Ibarra rompiera prudentemente con el padre Mir y se alejara de él.

El nuevo provincial de los jesuitas en México, el padre Tomás Ipiña, cambió al padre Mir a Oaxaca y le prohibió relacionarse con Conchita, pero él continuó comunicándose por carta a pesar de su prohibición y Conchita se sentía mal, sabiendo que su comunicación se hacía por lo bajo, a ocultas de sus Superiores, pero no quería quebrantar su voto de fidelidad y de no cambiar nunca de director espiritual.

El padre Félix, el 2 de mayo de 1903, fue al Oasis para llevar el ceremonial, porque al día siguiente tres postulantes iban a tomar el hábito. Estuvo poco tiempo y se fue. Al ir de regreso para tomar el tranvía, se acordó que Conchita le había recomendado que siempre que fuera al Oasis, al salir, hiciera una visita al Santísimo. Regresó y pidió permiso para visitar el Santísimo y la M. Julia lo acompañó a la capilla donde estuvo unos instantes y salió hacia las ocho de la noche. Más tarde lo acusarían de haber visitado esa noche a las religiosas.

⁸⁷ CC 8, 241,

⁸⁸ Padilla I, p. 176.

Al día siguiente la M. Julia, siguiendo las indicaciones del padre Mir, mostró una carta al padre Félix, una carta en la que hablaba de nuevos nombramientos, pero el padre Félix dijo que sólo aceptaría esos nombramientos si el arzobispo se los daba, pues no quería entrar por la ventana sino por la puerta, es decir, con los permisos correspondientes y aceptado por la autoridad del arzobispo. Le informaron sobre esto al padre Mir, quien inmediatamente comunicó a M. Julia que no dejara entrar más en el Oasis ni al padre Félix ni a Conchita.

Conchita, el 9 de mayo, recibió una carta del padre Mir en la que le hablaba mal del padre Félix y prohibiéndole a ella ir al Oasis. Ella se lo comunicó al padre Félix, aclarándole que estaba preocupada por haber hecho el voto de no poder consultar con nadie problemas de conciencia, sino con el padre Mir. El día 12 de mayo el padre Félix le entregó a Conchita la opinión de cuatro teólogos, quienes afirmaban que su voto de dirigirse siempre con el padre Mir era nulo.

El 21 de mayo, Conchita fue a ver a la Superiora del Oasis para decirle que en conciencia no podía seguir con la dirección espiritual del padre Mir, porque sabía que lo tenía prohibido por sus Superiores jesuitas.

Esta fue la verdadera causa de la separación de las dos Congregaciones. El 17 de junio la M. Julia, Superiora del Oasis de las religiosas de la Cruz, fue a hablar con el arzobispo de México, Próspero María Alarcón, sobre cómo estaban las cosas y para pedirle que retirara del Oasis al padre Félix, porque no podía llegar a tiempo. El arzobispo se indispuso contra el padre Félix.

El 23 de junio, Monseñor Leopoldo Ruiz fue a entrevistarse con el arzobispo e informarle que la M. Julia le había engañado, porque el padre Mir seguía dirigiendo a las religiosas de la Cruz contra la orden expresa de sus Superiores. Ambos obispos decidieron entonces nombrar al padre Félix Rougier como director de la comunidad y cambiar a la Superiora. Fue elegida como nueva Superiora la M. Virginia, quien prometió no comunicarse con el padre Mir. Entonces la M. Julia, antigua Superiora, fue a Oaxaca para entrevistarse con el padre Mir. Regresó a los ocho días. El 30 de junio fue a visitarlas al Oasis el arzobispo de México, Mons. Prospero María Alarcón, y le dijeron que la M. Julia estaba enferma (estaba de viaje). El 1 de julio la Madre Paz García, que había sido capuchina y había ingresado para ayudar en la formación de las religiosas de la Cruz, decidió volver a su convento de capuchinas con autorización del arzobispo.

En ese estado de tensión el padre Félix se enteró que lo habían acusado ante el arzobispo de que una noche había ido a visitarlas, cuando fue a hacer una

visita al Santísimo. El 11 de julio la M. Virginia escribió al padre general de los maristas, Superior del padre Félix, y a su provincial de México, desprestigiándolo y llamándolo intruso.

La M. Julia, la M. Virginia y otras decidieron salir del Instituto y formar otro nuevo bajo la guía y orientaciones del padre Mir. Fueron a ver al arzobispo para pedirle la dispensa de sus votos. Catorce decidieron separarse e irse con ellas y siete permanecieron firmes con el arzobispo y el padre Félix y se nombró a la M. Ana Cabrera como Superiora de las que quedaban firmes.

Pero la M. Virginia declaró que la casa era suya, porque las Escrituras estaban a su nombre. El arzobispo nombró al licenciado Monterrubio para estudiar el asunto de la casa, quien averiguó que la casa en conciencia no pertenecía a M. Virginia, aunque estaba a su nombre, porque otras también habían invertido mucho dinero. No quisieron entregar las llaves y el arzobispo acudió al provincial de los jesuitas para que interviniera. El provincial, padre Ipiña, viajó a Oaxaca para hablar con el padre Mir. El padre Mir llegó a México y habló con M. Julia y M. Virginia y les pidió renunciar a su derecho a la casa y que pidieran a cambio 40.000 pesos.

De las 21 religiosas que había, sólo quedaron siete: dos profesas, dos novicias y tres postulantes. Estaban sin muebles y sin dinero, desprestigiadas y en peligro de ser suspendidas. Entonces recibieron el apoyo del arzobispo, de los padres claretianos y del padre Salustiano Carrera, jesuita, y de otras personas, especialmente de Conchita.

En el primer año del renacimiento de las religiosas de la Cruz, el padre Félix tuvo una parte muy importante. Instauró el 29 de junio de 1904 la adoración perpetua en el Instituto e hizo con Conchita las nuevas Constituciones, que fueron aprobadas por el arzobispo en enero de 1904.

Las religiosas de la Cruz siempre han guardado un gran agradecimiento al padre Mir por todo lo que hizo por ellas en los comienzos de la Congregación. El padre Mir murió el 21 de diciembre de 1916.

Las religiosas que salieron del Oasis fueron a Aguascalientes, donde fueron bien acogidas por el obispo José María Portugal para que atendieran una escuela y un orfanatorio. El obispo Portugal las aprobó como Congregación diocesana y consideró al padre Mir como su fundador. Esta fundación se ha convertido con el tiempo en las Misioneras Hijas de la Purísima Virgen María, Instituto que considera al padre Mir y a la M. Julia como sus fundadores.

Las religiosas de la Cruz fueron aprobadas por el Papa Pío X el 17 de marzo de 1910. El 28 de noviembre de 1920 el Papa Benedicto XV les concedió la aprobación definitiva y el 19 de mayo de 1933 el Papa Pío XI concedió la aprobación definitiva de su Constituciones.

Conchita recibió una gracia muy grande del Papa Pío X, fue la gracia de poder hacer sus votos como religiosa de la Cruz, válidos para la hora de la muerte. Los hizo el 2 de octubre de 1912.

MISIONEROS DEL ESPÍRITU SANTO

Conchita tuvo en 1894 la inspiración de esta Obra, de la Congregación de los religiosos que, al principio, se llamaban religiosos de la Cruz. Sin embargo, guardó este secreto hasta que en abril de 1903 pudo comprender que el padre Félix Rougier ⁸⁹ era el escogido de Dios para esa obra.

El 9 de abril de 1903, Jueves Santo, al otro día de que Conchita había dado cristiana sepultura a Pedrito, muy temprano fue a confesarse con el padre Félix. “Su alma no podía más”. Ella “no pensaba tocarle el punto” de la fundación. Esto era un secreto que llevaba en el fondo de su corazón y que no había confiado sino a su director espiritual; pero “Dios quiso, dice ella, que el padre Félix en media palabra lo comprendiera todo”. “Y desde este mismo día, escribirá más tarde el padre Félix a su Superior general, no he tenido la menor duda del llamamiento de Dios” (1 de agosto de 1905). El mismo día, apenas pudo, corrió al altar, y con el corazón oprimido ante la perspectiva de tener que dejar su Congregación y de todos los sacrificios que este paso suponía, se ofreció como víctima por la salvación de las almas, la santificación de los sacerdotes y el progreso de las Obras de la Cruz. También aceptó todos los sufrimientos que Dios quisiera mandarle. El Viernes Santo, 10 de abril, Conchita aumentó sus penitencias para pedirle a Dios que se dignara aclarar su voluntad en un asunto tan importante y trascendental, como era la fundación de los Religiosos de la Cruz por el padre Félix, y claramente oyó que el Señor le decía: “Sí, quiero que el padre Félix sea el fundador del Oasis de hombres; lo quiero para las Obras de la Cruz”. Tres días después, el 13 de abril, los dos siervos de Dios tuvieron una larga conversación en la cual se puso en claro “todo lo del Oasis de hombres”. En esa ocasión Conchita le dijo: “He entendido que cuando llegue la hora Ud. verá a su padre general y que, sin salir de su Congregación, y con autorización del padre general, usted empezará la Obra. Así se evitará que

⁸⁹ El padre Félix era un hombre de Dios. Tenía unas cejas muy anchas y abiertas, con profundidad en la mirada. Todo el que lo conocía quedaba admirado de la penetración de su palabra. No dominaba el español, pero se hacía oír y entender. Su causa de beatificación está en marcha.

usted sea motivo de escándalo para sus hermanos en Religión y para otras personas. Después se hará la separación, pero sin ruido. Estas palabras fueron una verdadera profecía, pues, como se verá, las cosas sucedieron tal como las anunció aquí la sierva de Dios.

El padre Félix dice en sus Memorias que él personalmente no tenía ninguna duda de que Dios lo había llamado a su nueva vocación, “pero, agrega, comprendí claramente que, para evitar dudas a mis futuros hijos, era de prudencia consultar a personas competentes sobre esta delicada cuestión”. Y desde entonces aprovechó todas las ocasiones para consultar su caso con varios obispos y sacerdotes, y todos unánimemente le aseguraron que era voluntad de Dios que él fundara a los futuros misioneros del Espíritu Santo. La primera consulta la hizo con el padre Mir, director espiritual de Conchita, el hombre mejor informado sobre las Obras de la Cruz. Esto lo hizo durante los Ejercicios Espirituales que en Oaxaca les predicó el padre Mir del 17 al 23 de abril de 1903 a él y a otros PP. maristas como preparación al voto de estabilidad en la Sociedad de María, que en presencia del padre provincial hicieron el jueves 23 de abril. El padre Mir y el padre Félix dedicaron todo el domingo 19 a examinar la voluntad de Dios según las Reglas de los Ejercicios de San Ignacio “Tres tiempos para hacer sana y buena elección, etc.”. “Y sin vacilación” decidieron los dos que la voluntad de Dios era que el padre Félix fundara la Congregación de los religiosos de la Cruz, y resolvieron que al día siguiente, en la misa, a la hora de la comunión, el padre Félix hiciera el ofrecimiento”. Así es que el lunes 20 de abril de 1903, “con plena calma y libertad y tranquilidad de espíritu”, el Siervo de Dios hizo su entrega total en las manos de Dios para fundar dicha congregación. El 24 de abril se despidió del padre Mir y el 25 llegó a México. En la primera oportunidad (27 de abril) fue a ver a Conchita y le contó todo lo ocurrido en Oaxaca. Ella lo invitó otra vez a que se hiciera santo ⁹⁰.

Para poder hacer esta Obra realidad el padre Félix quiso consultarlo personalmente con su Superior general. Salió de México el 16 de julio de 1904 rumbo a Francia para pedir el permiso de ser el fundador de esta Obra; pero el Superior general no le dio permiso y lo mandó a vivir a la casa de Barcelona. El padre Félix sólo pudo contestar: *Iré con mucho gusto, lo mismo a España que a Oceanía, y voy con alegría, pues estoy segurísimo de hacer así la voluntad de Dios, ya que no pretendo otra cosa.*

En vista de que el Superior general no le daba permiso al padre Félix, el arzobispo de México decidió que Monseñor Leopoldo Ruiz, arzobispo de Morelia, y el canónigo Emeterio Valverde fueran a Francia a hablar personalmente con el Superior general de los maristas, pero tuvieron que regresar

⁹⁰ Padilla II, p. 316.

sin nada concreto, pues el general había muerto y esperaban el capítulo general para que el nuevo Superior general tomara la decisión.

En este tiempo murió el arzobispo de México y fue nombrado Monseñor José Mora y del Río, quien se reunió con Mons. Ibarra y Monseñor Ruiz para pedir al Papa la fundación del Instituto de religiosos de la Cruz. En Roma exigieron que estudiaran más a fondo los libros escritos por Conchita y ver si su espíritu era auténtico. El Papa Pío X decidió el 2 de marzo de 1910 que todavía faltaba más información y que no podía dar aún el permiso de fundación.

El año 1913 Mons. Ibarra fue a Roma con Conchita y pidió audiencia privada con el Papa.

Ella escribió: *Cuando entré, estaba el Papa sentado frente a su escritorio y Mons. Ibarra enfrente. Yo me arrodillé, llorando, y él me habló. Por fin me repuse y él me dijo que qué pedía. “Yo le pido a Su Santidad que apruebe las Obras de la Cruz”... Están aprobadas, no temas, y te doy una bendición muy especial para ti, para tu familia y para las Obras... Ya hablé con Monseñor y todo se arreglará este año*⁹¹.

Finalmente el 16 de diciembre de 1913 el Papa Pío X dio permiso para la fundación, poniendo como condiciones el cambio del nombre del Instituto y que nunca formaran parte de él los padres Alberto Mir y el padre Félix Rougier. Monseñor Ibarra, en otra audiencia privada, le pidió al Papa si el Padre Félix podía con permiso de sus Superiores formar a los nuevos religiosos del Instituto. Y el Papa aceptó. Monseñor Ibarra escribió al Superior general de los maristas, quien le prestó al padre Félix por dos años para fundar la nueva Congregación, que se llamaría Misioneros del Espíritu Santo.

Después de muchas dificultades ocasionadas por la guerra mundial de 1914 y de la persecución mexicana, el 15 de agosto de 1914 el Padre Félix llegó a Puebla para ponerse a las órdenes de Monseñor Ibarra. La fundación tuvo lugar el 25 de diciembre de 1914, en una capilla privada junto al santuario de la Virgen de Guadalupe de la ciudad de México. Asistieron los dos primeros novicios y el padre Félix quedó constituido como maestro de novicios.

Monseñor Ibarra consiguió que, antes de que expirase el plazo, el Superior general concediera otro plazo de dos años para que el padre Félix siguiera trabajando, a ocultas, sin poder salir a buscar vocaciones, debido a la feroz persecución religiosa de México. Monseñor Ibarra murió el 1 de febrero de 1917. El nuevo arzobispo de Puebla, Enrique Sánchez, consiguió otros dos años y

⁹¹ CC 38, 479-480.

después cinco años más y después con el permiso y bendición del Superior general de los maristas, el Santo Padre Pío XI concedió al padre Félix la facultad de pasar a la nueva Congregación fundada por él. El 28 de marzo de 1926 el padre Félix pronunció sus votos como misionero del Espíritu Santo. Sus frases más comunes eran *Dios, Dios, Dios. Hacerlo todo por amor. Con ella (María) todo, sin ella nada.*

Después de la muerte del padre Félix, afirma Monseñor Peñalosa: *Los misioneros del Espíritu Santo se han extendido a lo largo de la República mexicana, de Guatemala, Perú, Estados Unidos, España e Italia. Su actividad se desarrolla sobre todo en la dirección espiritual y en su trabajo a favor de los sacerdotes. Propagan la devoción al Espíritu Santo, el espíritu de la Cruz, la devoción a la Virgen María y son obedientes siempre a la jerarquía de la Iglesia*⁹².

La Sagrada Congregación de Religiosos les dio el 12 de diciembre de 1931 el *Decretum laudis*. El 12 de diciembre de 1939 la Santa Sede concedió la aprobación definitiva del Instituto y de sus Constituciones.

LOS SANTOS

Entre todos los santos tuvo una devoción especial a san José y escribió el libro *Pequeña esmeralda* sobre él. De hecho en todas las capillas de las religiosas de la Cruz hay una imagen de san José. También tenía mucha devoción al ángel custodio y en su oratorio tenía unos ángeles grandes, custodiando el sagrario. Tenía mucha devoción a los ángeles.

La hermana Clara María Cabrera manifiesta: *Mi tío Nacho, hijo de la sierva de Dios, me platicaba que a ella le encantaba encomendarse al ángel de la guarda y que le pedía a nuestro Señor no ofenderle, encomendándose al ángel. Y en una ocasión se vio en peligro espiritual y, para no ofender a Dios y librarse de los enemigos, el ángel de la guarda la protegió de modo especial*⁹³.

Tuvo visiones de san Ignacio de Loyola y de san Francisco de Sales. Al hacer sus votos, no solo puso como testigo a la Virgen María, sino también a san Francisco de Asís y santa Teresa de Jesús. Otros santos de su especial devoción fueron santa Gema Galgani, santa Magdalena Sofía Barat y santa Teresita del Niño Jesús. También amaba mucho a san Andrés apóstol, san Gabriel de la Dolorosa y san Pablo de la Cruz como santos amantes de la cruz.

⁹² Sum Ap, p. 641.

⁹³ Sum Ap, p. 465.

Unos días antes de morir, afirma Clara Cabrera, *me pidió una imagen de santa Teresa que tenía sobre su tocador. Me dijo: “¿Me la traes?”. Yo se la llevé. La abrazó con mucho cariño y le dijo: “Dentro de pocos días nos vemos. Espero verme contigo allá* ⁹⁴.

SUS ESCRITOS

Sus escritos fueron muchos. Es una de las santas más prolíficas. Para el proceso de beatificación fueron presentadas en Roma unas 65.000 páginas manuscritas. Sus libros editados y publicados son más de 50, pero sus escritos inéditos, no publicados, son muchísimos. Además de sus abundantes cartas, están los 66 tomos de su *Cuenta de Conciencia*, escrita entre 1893 y 1936 y que es como un Diario íntimo y personal.

Son también hermosos los mensajes recibidos de Jesús a los sacerdotes, titulados *A mis sacerdotes*.

CARISMAS SOBRENATURALES

a) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Ella escribe: *Muchos años hace que sin saber cómo entiendo los interiores de muchas personas y a qué altura de vicios o virtudes están, si tienen soberbia y a qué grado, si me dicen mentiras, si tienen vanidad, si viven engañadas o detenidas o ilusionadas* ⁹⁵.

Y continúa Guadalupe Labarthe: *Sus hijos hablan mucho de que les leía por dentro, que les adivinaba lo que traían. De las religiosas de la Cruz citaré a la Madre Catalina García que dice que, cuando a ella la nombraron Superiora, a veces traía algún problema y, sin decírselo ella, le daba el consejo adecuado a ese problema. Que, cuando fue a España a la fundación de Gijón, en 1917, recibía algunas cartas de nuestra Madre (Conchita) en que parecía que le estaba leyendo lo que traía interiormente, porque le daba el consejo más adecuado para esa situación y que ella no se lo había dicho* ⁹⁶.

⁹⁴ Sum Ap, p. 464.

⁹⁵ Declaración de Guadalupe Labarthe, Sum Ap, p.247.

⁹⁶ Sum Ap, p. 247.

La hermana Dolores Leal un día andaba toda llorosa y entró así a servir a la mesa a nuestra Madre... Y le dijo: “¿Verdad que estás llorando por esto y por esto?”. Era algo interior que ella traía y que no se lo había dicho a nadie ⁹⁷.

Y añade: Un tío mío del que ella era como su tutora, cuando él estaba estudiando aquí, dice que antes de ir a verla se iba a confesar, porque él sentía que le leía los pecados que traía y, para mayor seguridad, se iba a confesar antes ⁹⁸.

Declara Guadalupe Labarthe: Mi mamá me platicó que en una situación muy difícil, ya había muerto su papá y vivía con su madrastra, tenía como 20 años, se le ocurrió ir a ver a nuestra Madre. Todavía no le decía ni media palabra, la sierva de Dios estaba abriendo la puerta de su recámara y le dijo: “Ay Guadalupe, ahí viene pensando: “Yo, sin madre, sin padre ni perro que me ladre”; no te apures, Dios te va a dar un esposo según su Corazón. Y dice: “No le había dicho absolutamente nada de lo que traía ⁹⁹.

Clara María Cabrera refiere: A mí me dijo una señora de León que iban a saludar a tía Concha que acababa de llegar y la esperaban varias personas, pasó ella y entonces la señora pensó sobre un apuro muy grande que tenía de un hijo, que ojalá le diera algo sobre esto. Entonces dice que ya había pasado ella y en ese momento regresa y le dice justamente lo que ella estaba pensando. Me lo dijo esa misma señora muy impresionada.

A mí me pasó que en una ocasión estaba ya viviendo aquí en México, en nuestra casa de la calle de Sinaloa, y recuerdo que yo tenía un conflicto, era una cosa familiar, no de mucha importancia, pero que quería resolver favorablemente y con un criterio muy equilibrado, y como sabía que el de ella sí lo era, dije: “¡Ay qué ganas... que estuviera aquí tía Concha y poder ahorita preguntarle y consultarle esto!”. Estaba yo pensando eso, cuando llaman por teléfono y contestó uno de mis hermanos y me dice: “Te habla tía Concha”, contesto yo el teléfono y cuál sería mi sorpresa que me dice tía Concha: “Mira esto, así y así”, y me contestó lo que estaba pensando. No me explicó cómo lo supo ella, pero así pasó.

Varios de los sacerdotes dicen que muchas veces ella, al saludarlos, se sentían adivinados. Había un sacerdote muy simpático, que por cierto era el Vicario General de León, que decía que le daba mucho miedo cuando se

⁹⁷ Sum Ap, p. 248.

⁹⁸ Ibidem.

⁹⁹ Ibidem.

*acercaba a ella, porque sabía que adivinaba los pensamientos. Pero no sé en qué ocasión le haya pasado esto. También algunas personas seglares lo decían*¹⁰⁰.

b) VISIONES

*El 19, al volver de Monterrey en el tren, venía yo sola y se me presentó mi Jesús ahí en el pullman. Lo vi, lo vi y desapareció*¹⁰¹.

*Muchísimas veces he visto a mi Jesús Niñito. Una vez al dictarme lo de la Alianza de amor, como de 12 años, me echó los brazos al cuello; unas vestido de blanco, otras lleno de luz. A veces en el “Ecce homo” con sangre, atado de manos. Otras veces crucificado y en una de ellas era engaño de Satanás, porque al acercarme compadecida, desapareció entre truenos y humo*¹⁰².

Otro día vio al Espíritu Santo y escribe: *Estaba yo en oración en la Iglesia de la Compañía, y de repente, vi a la palomita en medio de un cuadro lleno de luz vivísima como incandescente. Y después vi a la misma palomita, y debajo de ella una gran Cruz con un corazón palpitando, como vivo, en el centro de esa Cruz*¹⁰³.

*Dos veces sentí clarísimo sobre mí, viéndolo, al Espíritu Santo en forma de paloma ¡Qué de rayos, cuánta luz! Queda en suspensión el alma, así es el efecto que produce cuando envuelve a uno éste no sé qué divino. He sentido el golpe de la unión producida por el dolor, o mejor diré, el dolor de unión*¹⁰⁴.

c) ÉXTASIS

Ella escribe: *Esto me pasa a mí con frecuencia, de repente, cuando menos me lo figuro, ya en una palabra de la cosa que medito o bien en cualquier pensamiento o idea que me viene, se me marcha el alma*¹⁰⁵.

Ella habla de arrobamiento o éxtasis: *Por la noche me comenzó aquel arrobamiento*¹⁰⁶. *Antes de anoche tuve aquel arrobamiento, pero con el*

¹⁰⁰ Sum Ap, p. 498.

¹⁰¹ CC 45, 129.

¹⁰² CC 45, 250.

¹⁰³ Sum Ap, pp. 250-251.

¹⁰⁴ CC 3, 78-82.

¹⁰⁵ CC 4, 137, texto 380.

¹⁰⁶ CC 10, 227.

*sufrimiento de la purificación*¹⁰⁷. Hoy en el desayuno me vino un toque fuerte del divino Espíritu que apenas pude disimular¹⁰⁸.

d) LEVITACIÓN

Escribo: *Volví a experimentar con mucha claridad aquello inesperado de que el cuerpo se me levantaba al menor impulso como si fuera de paja. Y esto, no una, sino muchas veces, y aunque en ratos sentía impresión de miedo, pasaba; y aquel fresco gozo del alma como que me parecía muy natural, cosa que ahora que lo escribo, hasta me parece mentira*¹⁰⁹.

Clara Ma. Cabrera afirma: *Yo sé por uno de mis hermanos que en una ocasión una señora le dijo que habían entrado a un templo, en el que la sierva de Dios estaba en oración, pero el caso es que cuando ella entró al templo la vio levantada del suelo, sin que ella hiciera nada; nada más ella, la vio levantada y muy recogida en oración; esta señora era entonces jovencita, se asustó al verla levantada y salió rápidamente del templo. Estando ya fuera ella, salió la sierva de Dios, cortó una florecita del jardín y se la dio diciéndole: “Mira qué hermosa flor, Dios hace todo. Él lo puede hacer todo”, y se fue*¹¹⁰.

e) HIEROGNOSIS

Ramón Martí Cabrera nos dice: *La sierva de Dios, mi tía Concha, tuvo el carisma de sentir la presencia del Santísimo Sacramento del altar, como lo demuestran las anécdotas que ahora recuerdo: en sus viajes a San Luis Potosí, siempre se hospedaba en casa de mi abuelo Octaviano Cabrera Arias, y tan luego como llegaba, llevaban el Santísimo al oratorio, que se consumía la víspera de su salida.*

En una ocasión, después de consumir, ya que tía Concha salía al día siguiente, entró tía Meche al oratorio y se encontró con tía Concha que le dijo: “Cúbrete la cabeza, Meche”; tía Meche se extrañó y le dijo: “Tía, ya no está el Santísimo, ya consumimos”; entonces, tía Concha le contestó que Jesús le acababa de decir: “Aquí estoy sacramentado”. En seguida buscaron, por si había quedado alguna partícula y, efectivamente, se encontró en el cajón de la

¹⁰⁷ CC 10, 229.

¹⁰⁸ CC 9, 54-55.

¹⁰⁹ CC 9, 85-87.

¹¹⁰ Sum Ap, p. 498.

cómoda, dentro del corporal que se había utilizado en la celebración de la misa¹¹¹.

Ella sentía la presencia de Jesús en la Eucaristía. Una vez, en nuestra casa de Puebla, la sierva de Dios fue a pasar la Semana Santa. Ella afirmaba que nuestro Señor estaba en el sagrario, pero el padre capellán dijo que él había consumido las hostias consagradas. Al día siguiente, cuando abrió el sagrario el padre, estaba la hostia: él había consumido las hostias de la comunión, pero no había consumido la hostia grande de la Exposición y ella sentía que allí estaba Jesús¹¹².

Ella escribió: No podía entrar en la iglesia o pasar por enfrente sin que me palpitara aceleradamente el corazón y, al acercarme al altar, era a veces tan fuerte que tenía que detenerme el pecho con las manos. Estaba por ejemplo, cosiendo, y sentía eso especial en mi corazón, me asomaba por la ventana y cuál sería mi gozo al ver multitud de veces que venía el Señor o iba pasando en su coche a visitar algún enfermo... Cuántas veces, al comulgar, he sentido que en lugar de entrar el Señor en mí, entraba yo en Él, perdiéndome dentro de su inmensidad divina¹¹³.

f) TRANSVERBERACIÓN

Estando un día mi alma unida a su Dios, me vinieron unos como pinchazos como quien mete una espada y la saca y la vuelve a meter en lo más delicado del espíritu, causando un dolor sensible, pero espiritual muy subido e intenso, pero al mismo tiempo lleno de suavísimo quebranto... Esto se repitió varias veces, dejando en el alma el efecto de un ardor divino producido por un grande amor. Yo creo que, si se pudiera ver esto con ojos de carne, se vería correr, chorrear de aquella feliz herida, torrentes de fuego santo¹¹⁴.

Desde que me pasó aquel atravesamiento del corazón, ha quedado mi alma como renovada y no encuentro palabras que signifiquen lo que quiero decir¹¹⁵.

¹¹¹ Sum Ap, p. 412.

¹¹² Sum Ap, pp. 257-258.

¹¹³ CC 1, 94.

¹¹⁴ CC 11, 151-153.

¹¹⁵ CC 11, 160-162.

g) PROFECÍA

En su *Cuenta de Conciencia* escribe que el padre Laureano Veres iba a ser obispo. Pensó que se había equivocado, porque pasaba el tiempo y no sucedía nada, pero en 1908 el padre Laureano fue consagrado obispo en Estados Unidos. Otra profecía fue la del concilio Vaticano II. Escribe en 1927: *El próximo concilio será una gracia para la Iglesia, del que brotarán grandes frutos de vida eterna* ¹¹⁶.

El 11 de marzo de 1928 habla de otras profecías que todavía no se realizan como la de que el Papa consagrará un día al mundo entero al Espíritu Santo y que eso será una gran gracia y bendición para toda la Iglesia

El padre Félix en alguna ocasión le había dicho: *Yo me voy a morir antes que usted* y ella le dijo: *No, padre, yo me voy a morir primero y, al poco tiempo después, vengo por usted*. Y así fue, porque ella murió el 3 de marzo de 1937 y el padre Félix murió el 10 de enero de 1938.

Profetizó que en Jerusalén habría un altar especialmente dedicado a la santísima Virgen de Guadalupe en un tiempo futuro. El 27 de septiembre de 1975 se erigió un templo parroquial a la Virgen de Guadalupe en Bir-Zeit en Israel muy cerca de Jerusalén, en la nueva villa de Guadalupe y Tepeyac en Tierra Santa. Lo consagró el patriarca de Jerusalén Giuseppe Beltritti ¹¹⁷.

Federico Garibay y Madrigal certifica: *Manuela, la sirvienta, aseguraba que a todos los que iban a saludarla por su última enfermedad les decía que, al día siguiente, se iría. “Ya verás, mañana me voy”* ¹¹⁸.

ENCARNACIÓN MÍSTICA

Conchita recibió la gracia inmensa del matrimonio espiritual o unión transformante el 9 de febrero de 1987 y el día 14 de ese mismo mes Jesús le promete la gracia de la Encarnación mística para el día de la Encarnación, 25 de marzo.

Estando en la oración, después de comulgar, me dijo así el Señor: “Prepárate para el día que la Iglesia celebra la Encarnación del divino Verbo: en ese día bajé a unirme con María tomando carne de su purísimo seno para

¹¹⁶ CC 51, 136.

¹¹⁷ Sum Ap, p. 297.

¹¹⁸ Sum Ap, p. 552.

salvar al mundo. Ese día quiero unirme espiritualmente con tu alma y darte una nueva vida, vida divina e inmortal, en el tiempo y en la eternidad...

A esta vida que es mi voluntad darte al unirme con tu alma, no alcanza la muerte, ni la temporal, ni la eterna, porque tu alma pasará a mis brazos, siendo siempre mía, porque la separación pasajera del cuerpo no será sino un lazo que la desate de la tierra, pero sin tocar esta vida, que sin romperse continuará en su plenitud durante una eternidad... Prepárate, purifícate, límpiate, porque es muy grande, muy grande el beneficio que se te prepara ¹¹⁹. Ella creyó que la iba a recibir ese mismo año, pero debió esperar nueve años, para recibirla el 25 de marzo de 1906.

Como Jesús, el Verbo encarnado, es hijo de María e hijo del Padre, esta gracia iba a tener relación con María y con el Padre.

El alma con la gracia del Espíritu Santo es aquilatada mucho más que en el matrimonio espiritual por la unión del alma con la divinidad por medio de la humanidad de Jesucristo. Es como una especie de unión hipostática, algo semejante, aunque no igual, que la de la divinidad con la humanidad en Jesucristo. Así el alma, unida a la divinidad de Jesús por medio de su humanidad, es más plenamente divinizada y enriquecida. María lo realizó del modo más perfecto como ser humano. Ella se unió a la divinidad de Jesús por medio de su humanidad en la que ella misma tuvo parte importante como madre de su naturaleza humana.

Así nuestra alma se une a su humanidad y con ella a su divinidad de un modo más perfecto que en el matrimonio espiritual y se hace un poco como María, madre espiritual de todos los hombres y en especial de todos los sacerdotes, que en la misa son Jesús, otros Cristo, pues Jesús los une a Él y absorbe su humanidad, en su humanidad y divinidad. Pero para que esta unión entre Jesús y el sacerdote sea resplandeciente y eficaz, el sacerdote debe celebrar la misa con la máxima pureza de alma y entregarse conscientemente a Jesús para que, por medio de Él, pueda ser ofrecido al Padre como ofrenda agradable. Por eso, los sacerdotes deben ser por excelencia padres espirituales de todos los hombres y su vida debe ser ofrecida por la salvación de todos los hombres sin excepción como otros Cristos en la tierra.

Le decía Jesús: *Mira hija, Yo estoy tan celoso de tu corazón, que quisiera que fueran para Mí, todas las clases de sus afectos; no te avergüences, quiero esos afectos y me gozo en posarlos en tu alma. Quería el afecto de hijo; es tan grande este afecto en una madre, que repito, mi Corazón sediento de amor,*

¹¹⁹ CC 9, 33-34, texto 759.

estaba celoso de él. Funde en Mí, todos tus amores maternales, los de todos tus hijos, aún espirituales. El amor de hija, el amor de esposa, es grande, muy grande, pero el “amor de madre” lo es más, sin comparación... y sentía yo, aun materialmente, latirme el corazón, inflamarse, ¡Dios mío!

*Ese fue mi fin, Concha, al decirte lo que te dije, que era como Hijo de tu corazón; ¿no ves que ese amor vengo persiguiendo?*¹²⁰.

La Encarnación mística es una unión mística muy grande y elevada, la más grande que puede existir y no es de otro modo la del cielo, salvo que entonces se descorre el velo de la divinidad, pero como la divinidad no se aparta de Mí, la unión, la estrechez de la NADA con el “Todo”, es lo mismo.

Y sentía yo de veras, una unión con Él, viva y palpitante en mi alma, con los efectos que deja la comunión, pero más intensos y le dije sin embargo:

- *¡Ah mi Señor!, ¡si será todo imaginación y mentira!*
- *“Por los efectos posteriores lo conocerás”, me contestó.*
- *Y prosiguió:*
- *¡Qué fidelidad exijo de ti! ¡Llevarme siempre con presencia real, efectiva en tu alma! ¡Oh qué gracia de predilección! Contigo he derrochado mis gracias, porque en tu alma he tenido un fin.*
- *Pero si yo no merezco eso, mi Jesús.*
- *Nadie lo merece. Ámame, —me decía con su voz encantadora—, imítame, no te apartes de Mí. Esta clase de unión es muy honda, es muy íntima, y si tu alma me es fiel, será eterna.*

*Tú creías que te ibas a morir (al concederte el favor que te había ofrecido), y Yo te doy una nueva vida; aspirala, es de pureza, es santa, es la vida de tu Jesús, es Él mismo que es la Vida, tu Verbo, que desde toda la eternidad, te amaba y te preparaba este día*¹²¹.

*Jesús le dijo el 25 de marzo de 1906: Tú alma en cierto sentido es como mi alma y tu cuerpo como mi Cuerpo y con el Verbo hecho carne, es decir la divinidad encarnada, la divinidad con la humanidad, te poseemos, te absorbemos, te endiosamos*¹²².

*Me dijo una vez que en cierto sentido me daba algo de su unión hipostática (de la humanidad con la divinidad)*¹²³.

¹²⁰ CC 25, 134-135, texto 2030.

¹²¹ CC 22, 167-178, texto 1834, 25 marzo 1906.

¹²² CC 24, 62-63.

¹²³ CC 46, 64-65.

*Ya tú nunca estarás sola, sino conmigo, en la más grande e íntima comunicación que puede existir*¹²⁴.

Y ella decía: *Me siento toda en Dios, como muy metida dentro de Él. ¡Qué presencia tan viva, Señor! A ratos no sé qué hacer, ando entre las gentes, pero mi corazón se alimenta de ese ser divino invisible y santo que llevo dentro del alma*¹²⁵.

*Siento a Jesús en todas partes dentro de mí y, sin embargo, siento un estiramiento al sagrario, a comulgar a cada momento, a visitarlo, a estar sola con Él... ¿No está ya conmigo? La Eucaristía es mi vida, quisiera recibirla, no cada día, ni cada hora y minuto, sino en cada aliento y latido*¹²⁶.

*En la unión de Verbo contigo, unión como hipostática, tú debes servirle de medio para que, sufriendo, alcances gracias para el mundo. Esa es la manera más amorosa y más íntima de asociarte a la Redención*¹²⁷.

*Quiero hacer de ti una copia fiel de mí mismo, te quiero un Jesús doloroso*¹²⁸. *Siento como que sus ojos están dentro de mis ojos, su Cuerpo dentro de mi cuerpo, su Corazón dentro de mi corazón, su Sangre dentro de mi sangre. Su vida dándome vida*¹²⁹. *Mi vida es la tuya y la tuya la mía*¹³⁰.

La Encarnación mística Jesús la realizó con el poder del Espíritu Santo y por medio de María. Cuanto más nos asemejemos a María y estemos unidos a ella, más unidos estaremos también a Jesús y seremos otro Jesús en el mundo. Jesús también quiere que amemos mucho a los sacerdotes. Le dice: *Te he hecho depositaria de las gracias para mis sacerdotes*¹³¹.

*Al transformarse los sacerdotes en Mí en la misa, pasan a ser más íntimamente, más completamente hijos de María inmaculada, al ser yo mismo en ellos... Y María entonces tiene para ellos toda la ternura que tuvo y que tiene para conmigo, porque ve en cada sacerdote otro yo y los mira complacida y los envuelve en su calor y los estrecha en su seno y los acaricia y los ama porque me ve en ellos a Mí*¹³².

¹²⁴ CC 22, 180, texto 836.

¹²⁵ CC 22, 328.

¹²⁶ CC 24, 217-219.

¹²⁷ CC 27, 167.

¹²⁸ CC 1, 434.

¹²⁹ CC 25, 20-23.

¹³⁰ CC 32, 118-121.

¹³¹ CC 54, 244-245.

¹³² CC 49, 90.

SU MUERTE

Durante su última enfermedad estuvo presente su hermano sacerdote Primitivo. Dos religiosas de la Cruz la velaron día y noche en la casa de su hijo Ignacio, donde vivía bien atendida por su nuera Chabela. Tuvo una bronconeumonía y más o menos sanó. Al poco tiempo tuvo un ataque de uremia y se le vino erisipela y, probablemente, dicen los doctores, que tenía ya un cáncer avanzado, que fue también el que provocó el desenlace final.

La Madre Guadalupe Monterrubio que la veló dos o tres días antes de morir le quitó un cilicio que tenía en la cintura, que no se lo quitaba ni de día ni de noche. Y sus hijos dijeron que, a la hora de amortajarla le quitaron otro. Sus piernas estaban llenas de llagas horribles, hinchadísimas y monstruosas ¹³³.

En su última enfermedad no quería que la subieran al segundo piso a una habitación mejor, porque el sagrario estaba cerca de su recámara. Entonces cambiaron el sagrario al segundo piso y así la subieron a la habitación, que era de su hijo Ignacio (Nacho). Y allí en la capilla del segundo piso todos los días un misionero del Espíritu Santo celebraba la misa y ella, desde su habitación, con la puerta abierta, podía ver al sacerdote celebrando la misa... La hermana Dolores Leal dice que una de las cosas que les encargaba todos los días antes de irse era que arreglaran el oratorio con flores ¹³⁴.

Sor Guadalupe Madrigal declaró: *El domingo 28 de febrero de 1937 supe que Conce (Conchita) ya no admitía ni el más ligero alimento. Le habían hecho dos ligeras transfusiones de sangre; le hicieron después una tercera, la que no dio ya el resultado apetecido: se puso Conce más grave y agotada.*

No sé si el domingo o el lunes comenzó nuestra santa enferma a padecer dolor agudo de estómago y otros trastornos. El martes por la tarde, el día 2 (víspera de su muerte), tuvo una hemorragia abundantísima. Tenía la lengua casi llagada, roja, llena de úlceras y decía el doctor que así tenía el interior. Por tanto el lunes por la mañana la desahució el doctor Escobar, declarando que no había esperanzas...

Dicen las Madres Catalina y Concepción que en la última tarde, como a las 3, le oyeron ya el estertor; pero anhelando que no fuera, le dijo la M.

¹³³ Sum Ap, p. 262.

¹³⁴ Sum Ap, p. 264.

Catalina: “Conce, procure arrojar esa flema que le molesta” y ella contestó: “No es flema, es el ruido de la muerte, es el estertor”.

Pasaron a despedirse todos: chicos y grandes. Cuando le llegó el turno a Chabela, le dijo Conce: “Gracias, Chabela”, y Chabela entre lágrimas le pidió perdón por lo que la hubiera mortificado alguna vez. Chabela fue hasta el final imponderablemente fina y abnegada en su atención a Conchita... Entre tanto el doctor que estaba allí, declaró que el momento decisivo había llegado. Los hijos de ella fueron todos entrando... Como el momento era crítico, se inició la recomendación del alma, entrando a hacerlo Monseñor Martínez y toda la gente que estaba en la casa entró.

Su nieta Teresa Lafarga nos dice: Sucedió que mostró cierta mejoría en la tarde del día 2 de marzo y a mí me despacharon a mi casa. Cuando ya murió en la mañana del día tres, muy temprano, ya estaba yo en su casa y una cosa muy peculiar fue que, debido a esa enfermedad que tuvo mi Mane, la pobrecita olía horrible, y era una pena para todos sus hijos y para las personas. El origen del olor era la enfermedad que tuvo, que estaba toda llagada por dentro y por fuera; su cuerpo despedía así como supuración y agua ¹³⁵.

La Madre Clara Cabrera informa: Serían como las 9 de la noche, después de cenar y estando pendientes de ella, sabiendo que las Madres estaban y que mientras no nos avisaran era que más o menos seguía igual, nos fuimos otra vez con ella a ver cómo seguía y viendo que más o menos se había estabilizado su salud, se fueron a descansar. Yo me había quedado para estar con ella. En ese momento nos quedamos las Madres que ya nombré y yo con ella. Habíamos puesto la luz a medias para que no le molestara, todos se habían ido ya a acostar pero con la advertencia de que cuando viéramos algún síntoma grave, inmediatamente, a la hora que fuera, les avisaríamos... Al rato de que se habían ido, vimos que entraba en una quietud demasiado alarmante para un enfermo grave..., nos alarmamos e instintivamente las tres nos levantamos para ver su fisonomía y ya en ese momento, su cara se estaba desencajando, como cuando entra la agonía.

Corrimos y en un momento les avisamos a todos: a Monseñor Martínez, al tío Primitivo, a mis tíos, al padre Guadalupe Treviño, M.Sp.S. Entonces llegaron todos y en ese momento tío Salvador, viendo que ella estaba en una actitud tan dura, que no se podía acostar bien, la cogió entre sus brazos y entonces Monseñor Martínez se acercó a su cama y le dijo: “Conchita, usted ahora va a consumir el sacrificio de su vida, es el momento en que se ofrece por su Iglesia, por sus sacerdotes, por las Obras de la Cruz. Entonces, Conchita, póngase en

¹³⁵ Sum Ap, p. 390.

sus manos”. Cuando él le dijo esto, ella levantó la cabeza y en ese momento me dio a mí la impresión de una persona que estaba desolada, envuelta en una amargura tremenda, pero con una confianza grande en el cielo. Monseñor le dijo: “Acuérdese que se entrega por Él, acuérdesese que su vida es para Él, que es el momento en que va a consumir su sacrificio”. En ese momento me dio a mí la impresión de ese Cristo desolado. Le dijo Monseñor Martínez: “Conchita, recuerde cómo Jesús en el momento de morir le dice a su Padre: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Y cuando Monseñor Martínez le dijo estas palabras, ella, que estaba mirando hacia el cielo, inclinó su cabeza y su corazón dejó de latir. En ese momento murió”. Era el 3 de marzo de 1937 a los 20 minutos de ese día.

Su nieta la señora Teresa Lafarga Armida de Madero manifiesta: *Cuando ella murió, yo sólo oí: “Ya se murió Mane, ya está gozando de Dios”. Recuerdo que mi mamá me decía: “Me extrañó mucho que a la hora de la muerte de mi mamá, que yo me sentía tan mal, las religiosas de la Cruz gritaron: ¡Feliz encuentro!, y que Monseñor Martínez en vez de rezar “Requiem aeternam dona eis, Domine”, empezó a rezar el Te Deum”*¹³⁶.

*Todos los que estuvieron presentes a la muerte de la sierva de Dios, concordemente dicen que su rostro en el momento de morir tomó una expresión semejante a la de Cristo*¹³⁷.

Se procedió después a amortajarla, cosa que hicieron con mucho respeto las religiosas de la Cruz. Se le puso el hábito de religiosa de la Cruz y se le colocó sobre su cama; eran como las 2 de la mañana, pues ella murió entrados los primeros minutos del día 3 de marzo de 1937.

Desde el amanecer empezaron a desfilar ante los restos de la sierva de Dios multitud de personas. Su hijo Francisco se encargó del entierro. M. Ma. Guadalupe Labarthe Cabrera dice: “Cuando ella murió, ellos consiguieron una caja, así lo expresa Pancho, lo más fuerte posible. Aunque ella había pedido que fuera la más pobre, no quisieron de ninguna manera, sino consiguieron la mejor, tanto por el cariño de hijos como por lo que les había dicho el médico, de que aquello iba a ser una descomposición muy grande. Entonces decidieron no volver a abrir la caja, pero era tal la afluencia de gente que llegaba, que quería tocar rosarios, verla, que decidieron en un momento determinado abrir la caja; ya habían pasado varias horas y ningún mal olor; al contrario, algunas personas

¹³⁶ Sum Ap, p. 390.

¹³⁷ Sum Ord, p. 19.

dicen que hasta había un olor agradable. Entonces ya la abrieron durante todo el tiempo que estuvo el cadáver antes de ser sepultado” ¹³⁸.

Y continúa: Días antes Nacho le había dicho a su mamá que dónde quería que la enterraran y ella le contestó que por supuesto en la cripta de las Madres. Y ella también, días antes, les había dicho a las hermanas que llevaran un hábito para que la enterraran con un hábito de las religiosas de la Cruz. Desde el año de 1912 había hecho sus votos por concesión de San Pío X, como religiosa de la Cruz, válidos a la hora de su muerte; después que murió, sus hijos, sabiendo esto, salieron para que las hermanas la vistieran con el hábito de las religiosas de la Cruz ¹³⁹.

Cuando ella murió el padre Félix les escribió a sus hermanos de Roma, misioneros del Espíritu Santo: Hoy murió nuestra Madre. Esta mañana a las 12:23 minutos, después de 3 ó 4 días de mortal agonía, murió muy santamente nuestra Madre. Hemos asistido llenos de edificación a los últimos días de esta terrible agonía y nos despedimos anoche entre 9 y 10. Es día de duelo y de gloria. Tenemos ya una gran protectora en el cielo ¹⁴⁰.

A la hora del entierro, del día 4, muchísima gente acompañando el cortejo fúnebre, pasó por la Casa de las religiosas de la Cruz para que, aunque fuera desde las ventanas, la vieran pasar. Iban unos 150 coches particulares y dos camiones de la agencia funeraria. Al llegar a la capilla del panteón español, se rezó un responso y los misioneros del Espíritu Santo cargaron la caja hasta la cripta de las religiosas de la Cruz. Al llegar a la cripta no podían poner la caja en la fosa que le habían designado, del número 3 y tuvieron que ponerla en la número 1. Allí permaneció hasta mayo de 1974. Hubo que cambiar sus restos por estar poco accesibles, a la gente que quería visitarla y la trasladaron a la cripta del Altillo, donde están los misioneros del Espíritu Santo, y allí está en la actualidad.

Cuando la enterraron en 1937 una de las cronistas de la Congregación anotó que una mujer que, con gran escándalo, había renegado de la fe católica y se había cambiado de religión, se conmovió a la vista del cadáver, se convirtió, se confesó, comulgó y, a partir de entonces, tuvo una vida muy cristiana.

¹³⁸ Sum Ap, p. 263.

¹³⁹ Sum Ap, p. 269.

¹⁴⁰ Sum Ap, p. 268.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

El señor R.V. había sufrido una embolia cerebral de la que fue operado, pero quedó sin movimiento. Se le puso una reliquia de la sierva de Dios debajo de su almohada y después se la pasó por el brazo y la pierna paralizada. Al día siguiente sintió deseos de levantarse, lo intentó y pudo hacerlo con ayuda de su padre. Mes y medio más tarde había reanudado su vida normal ¹⁴¹.

Graciela de Madero declaró: *Otro favor de este tipo es el de Ma. Luisa Cano de Fernández Arche, hermana de mi sobrino político, Raúl Cano, ayudó mucho a las Obras de la Cruz. Esta señora estaba casada y estaba embarazada de tres o cuatro meses, y resulta que tenía un tumor en el ovario y tenía muchas molestias, y la llevaron a ver a un doctor español que acababa de llegar y le diagnosticó que tenía aquel tumor en el ovario y que era necesario operarla, a pesar del embarazo. Ya estaba fijada la fecha de la operación, pero se enferma el doctor de gripe, la posponen: y mientras, el padre Tomás se pone a decirle misas a nuestro Señor, pidiendo por intercesión de Conchita la curación de la señora. Se alivia el doctor Otero, va la señora a verlo para fijar el día de la operación y el doctor, serio, la estaba auscultando, y el esposo de ella le decía: “¿Qué pasa, doctor?”. Dice: “No hay nada, se siente como si hubieran arrancado el tumor, no hay restos de nada”. La señora siguió perfectamente bien, su embarazo siguió, era un par de gemelitos, nacieron perfectos. Eso me consta ¹⁴².*

María Guadalupe Labarthe certifica: *Hace poco atendí a una familia que venía de Saltillo: el señor estaba desahuciado con un cáncer maligno; ya en Houston le habían dicho que no había más que hacer, andaba en silla de ruedas; todos los fieles del santuario de Guadalupe de Saltillo, que atienden los misioneros del Espíritu Santo, estuvieron pidiendo al Señor su curación por intercesión de la sierva de Dios y él se reincorporó totalmente a su vida normal y entonces, en la primera oportunidad que tuvo, vino con toda su familia a darle gracias a la sierva de Dios.*

También Bela Armida, hija de Nacho, de la que he sido compañera desde que estábamos en el colegio, poco tiempo después de muerta la sierva de Dios, se enfermó, cuando hubo una epidemia aquí en México de parálisis infantil. Entonces la atendía el doctor Sotres, que era el médico de la familia, y diagnosticó parálisis infantil y que no había qué hacer, porque estaba avanzado. Entonces su mamá, la nuera de nuestra Madre, que la quería tanto, Isabel Morán de Armida, con mucha fe cogió una prenda de ropa de la sierva de Dios y

¹⁴¹ Documenti p. 344.

¹⁴² Sum Ap, p. 302.

*se la puso a la niña e invocó a nuestro Señor para que por intercesión de la sierva de Dios le concediera la salud a su hija, y, cuando llegó el doctor, la niña no tenía nada. Eso también está en nuestro archivo. Yo se lo oí contar a Bela, a mi tío Nacho y a la M. Ma. Teresa Morán, hermana de la esposa de Nacho. Eso no fue en el sepulcro, fue en su casa*¹⁴³.

La hermana María de la Luz García declaró que, *estando en Orizaba la señora Ligia García de Fougerat, esposa del presidente municipal, que tendría 35 ó 40 años, recibió una estampita de la sierva de Dios con la oración. Entonces ella tenía a una niña de dos años muriéndose, desahuciada. La habían traído a México y nadie le atinaba lo que tenía: una calentura muy alta y la niña ya estaba a punto de morir; entonces dice que, al arreglar un ropero, se le cayó la estampita. No se acuerda ni quién se la dio; entonces la vio y la leyó y dijo: “Esta señora que fue madre de familia, que fue tan piadosa, debe saber mi pena”, y le pidió con mucho fervor y le puso la estampita a la niña; eso fue en la noche, y se acostó y dice que vio que la niña se pacificó y al día siguiente ella se durmió un rato, y al despertar dijo: “Yo creo que ya esta criatura se murió, porque ya no se queja, ya no respira, está rara”; la fue a despertar y la niña estaba perfectamente, le puso el termómetro y ya no tenía nada de calentura, después de haberla tenido altísima, y luego le pidió alimento, y entonces la llevó al médico, porque había estado en el hospital, pero no quiso dejarla. El doctor le dijo: “Su niña está completamente sana, poco a poco se va a ir recuperando, quién sabe qué habrá pasado”. Desde entonces esa señora tiene mucha fe y devoción a nuestra Madre*¹⁴⁴.

REFLEXIONES

Desde muy niña y, especialmente desde los seis años, cuando vio al Niño Jesús, tuvo siempre un deseo muy grande de amar a Jesús y le hablaba constantemente. Era para ella como un amigo cercano. Su deseo de orar y hablar con Jesús iba de la mano con su deseo de hacer penitencia para agradarle y ofrecerle flores de amor. Ella misma dice: *Fui creciendo y también por beneficio de Dios ese espíritu de penitencia en mí. Cilicios, disciplinas, espinas, vestidos de jerga y aun de ixtle; ayunos, dar a los pobres el alimento, etc. Todo esto, y otras cosas más, formaban mi delicia*¹⁴⁵.

A los 18 años supo que para hacer penitencias debía pedir permiso a su confesor. Así lo hizo, pero el confesor le prohibió usar cilicios. Sin embargo,

¹⁴³ Sum Ap, p. 278.

¹⁴⁴ Sum Ap, p. 366.

¹⁴⁵ Vida I, 16-17.

ella tenía un gran deseo de agradar a Jesús y ganarle almas. Jesús le había dicho claramente: *Tu misión es salvar almas*¹⁴⁶.

Conchita era muy amorosa. Sus nietos le llamaban Mane, Conce o Conchita. A su nieta Teresita le decía: *La última mirada del día debe ser para Jesús crucificado*. Ella tenía un Cristo de tamaño natural en la cabecera. En 1914 el Papa Pío X le había concedido la gracia de poder tener en el oratorio de su casa al Santísimo Sacramento y allí se pasaba horas ante Jesús Eucaristía. Allí oía misa todos los días a las 7 a.m. y los domingos a las 8 a.m.

Ella se sentía madre de todos los hombres y, en particular, de los sacerdotes. Un día le decía al Señor: *Señor, quiero ser madre de millones de almas que te den gloria, madre de sacerdotes santos... Quiero llevar en el corazón al Santo Padre con todo el peso de la Iglesia amada, a los cardenales, arzobispos, obispos, párrocos, sacerdotes y aun seminaristas con sus vacilantes y combatidas vocaciones... Seré feliz en poderte servir en lo que más amas: tus sacerdotes*¹⁴⁷.

Al Espíritu Santo lo quería mucho y lo llamaba *palomita amadísima*. Desde que recibió la gracia de la Encarnación mística en 1906, su devoción a las tres divinas personas se hizo más intensa. Su principal amor era Jesús crucificado y Jesús Eucaristía. Muchas veces miraba su crucifijo y conversaba con él con toda confianza.

El año 1891 compró un crucifijo grande, pero sin cruz, para ser ella la cruz de Jesús. Ese año 1891 vio a Jesús que se le acercaba y le ponía la mano en el corazón y le decía: *Llámame esposo*. Y ella un día, al poco tiempo, en la oración de la noche, se ofreció a Jesús por esposa. Fue un día inolvidable. Ella escribió: *¡Esposa de Jesús! ¿Puede haber mayor dicha? ¡Cuánta ternura Dios mío! Sólo el amor puede hacer tamaños prodigios... Hoy en mi comunión en medio de los ángeles y santos, testigo la santísima Virgen, renové mi ofrecimiento con todas las fuerzas de mi alma... Ya sé lo que significa ser tu esposa: tener una misma voluntad, ayudarte con la cruz. Pues yo la acepto*¹⁴⁸.

En otra ocasión tocaban el piano y, al oírlo, le dice a Jesús: *“Oye, mi Jesús, qué bonita música, recíbela”*. Jesús le respondió: *“A mí no hay música que me deleite tanto como estas palabras de un alma pura y crucificada: “Te amo”*. *Me agrada esto más que la música de los ángeles, para oírla vine al*

¹⁴⁶ Vida I, 159-160.

¹⁴⁷ Sum Ap, pp. 35-38.

¹⁴⁸ Autobiografía IV.

*mundo, para escucharla derramé mi sangre en la cruz. Dímelas tú siempre, a cada instante si puedes, y que se me repita en los Oasis*¹⁴⁹.

Y ella decía como resumiendo su vida entera: *Tres clases de vida he llevado con criados, costuras y familias y sociedad: de luchas y penas, desolaciones y desamparos, favores y gracias; de Oasis y Apostolado, y vocaciones y sacerdotes y obispos y arzobispos, y de correspondencia epistolar y guerras y partidos; de crueles ingratitudes, de vergüenzas y de triunfos, de martirios ignorados y de lágrimas sin fin. No lo sé; o sí lo sé: Jesús y María son los que me han ayudado a llevarlas con todo el peso de sus innumerables cruces.: la de familia con todos sus trabajos y consecuencias, que no han sido pocas entre ser madre y esposa; la del espíritu, particular, que ha sido muy laboriosa y llena de favores y martirios y la de las Obras que, desde que el Señor me las inició, cargo su peso, aumentando a medida de su desarrollo.*

*Jesús y María han sido mis cirineos; y en las terribles luchas, y en las multiplicadas borrascas, y en los mares de amargura, y en las mil negras noches de mi espíritu, ellos han sido mi faro... ellos el piloto que me ha sacado a flote, sin dejar que me ahogue, ni entre las olas de la persecución, ni entre los torrentes de miserias y del dolor que he bebido a grandes tragos. ¡Oh, qué bondades del Señor! Él ha llevado a cabo sus designios, contra todo viento y marea y yo sólo puedo ver y adorar esa providencia, ese poder, ese amor sobrenatural y divino*¹⁵⁰.

¹⁴⁹ CC 6, 67-68.

¹⁵⁰ Vida II, 309-312.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído detenidamente la vida de la sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida, podemos elevar los ojos al cielo y decir: *Gracias. Señor, por haber establecido en el mundo tantas Obras por su medio y habernos hecho entender el valor redentor de la cruz.* Conchita nos enseña con su vida de esposa y de madre que no es necesario entrar a un convento para ser santos. Que también nos podemos santificar en medio del mundo y que Dios a todos sin excepción les da su gracia para ser santos.

Estas son las maravillas de Dios, que una mujer casada y madre, cumpliendo sus obligaciones familiares normales, pueda elevarse a las más grandes alturas de la santidad. Dios es maravilloso en sus santos. Y cada uno de ellos tiene su característica particular. El tono peculiar de Concepción fue su amor a Cristo crucificado y al Espíritu Santo.

Las Obras de la Cruz que ella inspiró o fundó siguen haciéndola presente en el mundo por medio de sus seguidores, a quienes transmitió el carisma de la Cruz.

Por todo ello podemos alabar a Dios y decirle con sinceridad: *Gracias, Señor, por la vida de Concepción Cabrera de Armida, una santa para nuestros días, que dejó en el mundo varias Obras, no solo para religiosos y religiosas o sacerdotes, sino para todos.* Los laicos también pueden vivir su carisma.

Que Dios los bendiga por medio de María. Y no se olviden que un ángel bueno siempre los acompaña.

Tu hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Conceptione Cabrera, vid. Armida, Positio super virtutibus*, vol I, Roma.
- Cabrera de Armida Concepción, *A mis sacerdotes*, México, cuarta edición, 1979.
- Cabrera de Armida Concepción, *Cuenta de conciencia* en 65 volúmenes.
- Esquerda Bifet Juan, *El sacerdocio de Cristo y el sacerdocio ministerial en la vivencia y mensaje de Concepción Cabrera de Armida*, Ed. Cimiento, México D.F., 1991.
- M. Philipon, *Diario espiritual de una madre de familia, Concepción Cabrera de Armida*, Bilbao, Desclée, 1987.
- Padilla J.M., *Concepción Cabrera de Armida*, dos tomos, México, 1982.
- Pueden leerse todas las obras de Concepción Cabrera de Armida para conocer y vivir mejor su carisma.

&&&&&&&&&&&&